

Imprimatur

+ Nicolás de Jesús López
Arzobispo de Santo Domingo
30 de mayo de 1984

- Yo ya no me confieso porque, irme a confesar por un pecado venial, me sale demasiado caro el viaje en avioneta. Y si tengo pecado mortal, me da miedo subirme a ese viejo aparato....

En una ocasión yo regresaba a mi pueblo en mi auto. Sin darme cuenta rebasé el límite de velocidad hasta que me alcanzó un policía en su motocicleta. Me detuve y se me acercó aquel policía con su pistola; enojado porque tenía muchos minutos siguiéndome y yo no me detenía. Cuando le entregué mis papeles y los leyó, me preguntó:

- ¿Es usted el famoso padre Tardif? - Sí -contesté- ¿desea usted confesarse?

El se asustó tanto que me entregó inmediatamente mis documentos y me dijo que tenía demasiada prisa. ¡Con todo y pistola tenía miedo a confesarse...! ¡No hubo multa ni confesión por el miedo que él tenía! Le tememos a la confesión porque no entendemos que es el sacramento del amor de Dios.

Siempre que le pedimos perdón al Señor, sea lo que sea, El nos perdona. El jamás se escandaliza de nuestros pecados. Sólo espera que los reconozcamos y que le pidamos perdón, sin excusarnos ni minimizar la falta.

Solamente existe un pecado que Dios no puede perdonar: aquel del que no le pedimos perdón, el pecado que no reconocemos como tal, el que auto justificamos.

El sacerdote es el ministro del perdón de Dios. No es juez, no es verdugo, sino el canal a través del cual pasa la misericordia divina. No existe labor más profunda y efectiva que acoger al pecador enlodado por el pecado y ponerle a la puerta del paraíso.

El sacerdote es la única persona en toda la parroquia que tiene el poder de perdonar los pecados y de presidir la Eucaristía. Nadie lo puede reemplazar.

Cada vez que el sacerdote confiesa es un profeta de Dios que en nombre del Señor nos dice: "Yo te absuelvo de tus pecados...". Habla en nombre de Dios.

Además, así como la Eucaristía es el lugar privilegiado para recibir la sanación física, la Reconciliación es el mejor momento para orar por la sanación interior.

Un sacerdote me objetaba muy convencido.

- No puedo orar detenidamente por cada persona porque entonces no me alcanza el tiempo para el trabajo.

Yo le contesté:

- Pero, ¿cuál es tu trabajo sino liberar a los oprimidos y ser ministro de la reconciliación?

El pensaba que pintar el salón parroquial era su trabajo y, sacrificando lo suyo propio, lo que nadie más que él podía hacer, realizaba lo de otros muchos. Hay otros que prefieren contar el dinero de la cooperativa que contar a la gente las maravillas de Dios y liberarlas de sus esclavitudes.

D.- CONVALESCENCIA

Para cualquier caso de enfermedad que hemos visto, la etapa de convalecencia es de capital importancia pues de ella depende la total recuperación.

En el ministerio de curación, física, interior o de liberación, sucede lo mismo.

Cuando el Señor ha intervenido de manera asombrosa o milagrosa la persona necesita una etapa de convalecencia para no recaer otra vez. He aquí unas ideas de lo que entendemos como convalecencia:

a.- La vida sacramental

La persona que ha recibido una curación de parte del Señor necesita un alimento especialmente tonificante que Dios nos ofrece a través de los sacramentos. Incluso hablamos de la vida sacramental porque es vida y vida divina la que se comunica a través de ellos. No es posible prescindir de los sacramentos si se quiere una recuperación total.

La oración es el contacto directo con la fuente de la salud. El contacto con el Señor es más importante que el suero o el oxígeno para un enfermo. Si rompemos este conducto nos exponemos a perder algo más valioso que la salud física o interior.

b.- La oración

La oración es una comunión de amor. La Palabra de Dios purifica (Jn 15,3) y sana: Ni los sanó hierba ni emplasto alguno sino tu Palabra que todo lo sana: Sab 16,12. La Escritura leída y orada con fe es la más eficaz medicina porque es palabra de Vida eterna (Jn 6,68).

Algunas veces se pierde el fruto de una sanación integral porque la persona se aísla y no se integra a la comunidad. Es más, podemos afirmar que Dios quiere que esté sano en su totalidad el Cuerpo de su Hijo, y no sólo algunos de sus miembros.

La sanación completa se da en la medida que vivimos el misterio de ser el Cuerpo de Cristo; comunidad de fe y amor con la esperanza de la patria definitiva.

Todos buscamos la felicidad, por eso queremos la sanación. Sin embargo la sanación completa la encontramos en las bienaventuranzas de Cristo Jesús.

Jesús nos ha dado una regla de oro para ser felices: "hay más alegría en dar que en recibir". Hech 20,31. En la medida que salgamos de nosotros mismos para darnos a los demás alcanzaremos la perfecta sanación.

Cuando Jesús liberó a María Magdalena de siete demonios siguió una larga etapa de convalecencia hasta su recuperación total. Si nos damos cuenta, María Magdalena tuvo estos puntos antes enunciados.

LA LIBERACIÓN

Existe un campo tan misterioso y delicado como real que es la acción del Demonio en el mundo y las personas.

Jesús habla a menudo de este tema y frecuentemente lo encontramos enfrascado en una lucha contra Satán y sus poderes que dominan el mundo. Es más, una de las pruebas que Jesús mismo ofrece de su mesianismo es la expulsión de demonios. Si por el dedo de Dios yo expulso los demonios es porque el Reino de Dios ha llegado. Lc 11, 20. Cf. Mt 8, 16; Lc 7,21. Jesús venció con su muerte al Príncipe de las tinieblas y por su resurrección fuimos trasladados al Reino de su amor.

Pedro (Hech 10,38) resume la obra mesiánica de Jesús en cuatro puntos:

- Ungido con el Espíritu Santo y con poder.
- Pasó haciendo el bien.
- Curando.
- Liberando a todos los oprimidos por el Diablo.

En esta síntesis encontramos perfectamente integrado el ministerio de liberación.

No es un ministerio aislado, sino que encaja en el contexto de evangelización. Lo realizan personas ungidas por Dios con el Espíritu Santo y en el nombre de Jesús. Además no es cuestión sólo de echar fuera a los demonios sino de hacer el bien, el máximo bien: dejar la salvación actuante en la persona y en la comunidad.

Los apóstoles fueron enviados a evangelizar y también a expulsar demonios (Mt 10,7-8) y volvieron gozosos porque éstos se les sometían. (Lc 10,7) Sin embargo hay personas que piensan que sacar de estos textos la conclusión de la existencia y la acción del Demonio sería fundamentalismo bíblico o retroceder a ideas medievales.

No es que me interese proclamar y dar a conocer a Satanás. Lo que intento es que el mundo conozca y ame a Jesús. Pero, Satanás es el gran enemigo de Dios que obstaculiza nuestro encuentro con el Señor. Si estamos ignorantes y no conocemos la clase de mentiras que él siempre usa, no podremos estar prevenidos para sus ataques.

El Papa Pablo VI en su célebre discurso del 15 de noviembre de 1972, decía:

"Una de las principales necesidades de la Iglesia de hoy es la defensa del maligno que se llama Demonio. El mal no es mera ausencia de algo, sino un agente efectivo; un ser vivo y espiritual, pervertido, perverso (y pervertidor). Está en contra de las enseñanzas de la Biblia y de la Iglesia rehusarse a admitir tal realidad".

Aquí conviene aclarar que el Padre Nuestro termina pidiendo: "Líbranos del Malo", no solamente "del mal" como generalmente se traduce Mt 6, 13.

"La gran victoria de Satanás -comenta el padre Salvador Carrillo, doctor en Sagradas Escrituras- es que no creamos que él existe porque así le permitimos actuar con toda libertad. La Biblia habla poco del Demonio. En el Antiguo Testamento casi no aparece. Después de la venida de Jesús vuelve a disminuir su influjo no volviendo a aparecer sino en pocos textos. Es en los Evangelios, ante la presencia salvífica de Cristo Jesús, donde reactiva su acción y se revela su presencia. ¿Qué de extraño tiene pues que ahora que estamos viviendo esta manifestación poderosa de Cristo se desencadenen las fuerzas del Mal como sucedió durante el ministerio de Jesús?

Insistimos que la acción diabólica no debe ser nuestro centro de atención. Es simplemente sintomática: signo de que Jesús está actuando poderosamente entre nosotros. Jesús vino a liberarnos del poder del Príncipe de este mundo y él ganó la batalla en su cruz. Satanás está derrotado, por esto a veces se pone bravo, por estar amarrado.

Jesús ya aplastó la cabeza del Enemigo. (Cf. Gen 3,15) Hay quienes proclaman y hasta exageran el poder y la acción de Satanás, atribuyéndole todo lo malo, cualquier dificultad y toda enfermedad. Ven diablos por doquier y quieren exorcizar ante cualquier catarro. Este es el otro extremo, olvidando que los enemigos del alma son también el mundo y la carne. A Satanás le gustan dos cosas: o que lo ignoremos o que le demos el papel principal de la obra.

Su acción se manifiesta de tres formas: la opresión y la obsesión que son las más generalizadas; y la posesión, la cual es poco frecuente.

A.- La Opresión

La opresión es la acción de Satanás sobre los cuerpos o las cosas. Por ejemplo, ruidos en la noche, cosas que se mueven, luces

que se apagan, voces, ciertas enfermedades raras que no tienen explicación médica, etc. Se trata de acciones exteriores.

El P. Emiliano nos dice que un día un Obispo del Caribe le envió a su prima que sufría cierta enfermedad muy extraña. Oraron y el Señor la liberó. Luego le pidieron que fuera a su casa porque sucedían cosas raras. Le respondió que no iría; para eso tenía a su primo Obispo; que le pidiera bendecir su casa. Al ir el Obispo y bendecir el hogar cesó el problema. Fue todo muy sencillo porque para Jesús todo es sencillo.

Nosotros dividimos los problemas en fáciles y difíciles, pero para Jesús todos los problemas son fáciles; si no, no sería el Señor.

Añade el P. Emiliano: recuerdo otro caso muy importante. Era un hombre llamado Julio Núñez que no podía caminar y gateaba como un animalito. El Señor lo curó en una asamblea de oración.

Fue tan impactante su curación que daba testimonio por todas partes. En una ocasión una señora lo reconoció y le preguntó:

- ¿No eres tú el tullido?
- Sí, pero el Señor ya me enderezó...

Incluso lo invitamos varias veces a acompañarnos, testificando en diferentes retiros la maravillosa curación que había recibido.

Un año después, el párroco de San Francisco de Macoris nos pidió hacer un retiro carismático. Invité a Julio Núñez, pensando que su testimonio sería más fuerte, por ser él miembro de esta parroquia.

Al llegar y preguntar por Julio se me acercó una señora muy triste:

- Padre, a Julio le volvió la cosa esa... Sí, padre, no puede caminar y anda otra vez a gatas.

- ¿Desde cuándo anda así?
- Desde hace cinco días...

Mandé que fueran a buscarlo y lo trajeron a caballo. Comenzamos a orar por él. Yo le decía al Señor:

- Señor, no puedes quedar mal aquí que es la parroquia de Julio...

Pero el Señor no lo sanaba. Entonces comenzamos a orar en lenguas y me vino a la mente como un flechazo: "espíritu de enfermedad". Entonces imperé y dije:

- Espíritu de enfermedad, te ordeno en el nombre de Jesús que salgas y dejes libre a este hijo de Dios. Te mando en el nombre de Jesús que te vayas a los pies de Jesús para que disponga de ti y te prohíbo que vuelvas a molestarlo porque es hijo de Dios y nada en él te pertenece.

Julio sintió un escalofrío, luego, con toda sencillez se levantó y comenzó a caminar.

Satanás lo estaba oprimiendo para que no diera el testimonio de su curación. Pero Dios es más inteligente y, restablecido Julio, su testimonio fue doble: su curación y de cómo Dios lo había liberado de esa opresión.

En la oración en lenguas el Señor vino en ayuda de nuestra debilidad y nos dio su discernimiento carismático para señalarnos lo que le pasaba a Julio; sufría de un espíritu de enfermedad.

Esto puede parecer extraño a los que no han leído el Evangelio pero allí encontramos un caso muy parecido: Había una mujer a la que un espíritu tenía enferma por 18 años; estaba encorvada y no podía en modo alguno enderezarse. Lc 13, 11. Jesús hizo una liberación cuando le dijo: Mujer, quedas libre de tu enfermedad.

En los Hechos consta que la gente llevaba a los enfermos y atormentados por los espíritus con los apóstoles.

B.- La Obsesión

Llamamos obsesión a la influencia y acción del Enemigo sobre la mente de las personas. Si la opresión se manifiesta en lo exterior y material, la obsesión se manifiesta en el interior.

Existen personas atormentadas con tremendas obsesiones sexuales, ideas de suicidio, espíritu de blasfemia, autodestrucción, desprecio, sentirse indigno del perdón de Dios, etc. En estos casos a veces la causa no sólo es física o psicológica, sino que están atormentadas por una obsesión que las esclaviza, no teniendo fuerza para salir victoriosas.

Podría decir que la obsesión se parece a una tentación; pero en vez de ser pasajera es permanente, además de tener una fuerza e intensidad que va más allá de nuestras capacidades humanas para vencerla.

Un día en México me llevaron a una mujer que tenía muchos años sufriendo cosas muy extrañas. Oramos por ella y le pedimos que nos acompañara en la recitación del Padre Nuestro. Pero, ella no podía decir "perdónanos como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido". Tenía un gran rencor en su corazón porque un enemigo, para vengarse, le echó un maleficio. A raíz de eso comenzó a sufrir mucho y a odiar a ese hombre. No era simple resentimiento sino una verdadera esclavitud que la mantenía atada.

Oramos por su liberación del odio pero no había resultado alguno me acordé de aquel joven al que los discípulos no habían podido

liberar de las ataduras de Satanás y lo llevaron donde Jesús. Entonces nos acercamos al sagrario y le pedimos a Jesús que la liberara por su sangre preciosa. El Señor actuó inmediatamente liberándola del espíritu de brujería y de rencor. Por primera vez en mucho tiempo pudo recitar completo el "Padre Nuestro"

En la República Dominicana había un hombre casado con una mujer joven. Tenían dos hijitos. A pesar de todo, él no podía dejar de tener relaciones sexuales con prostitutas.

Era un deseo superior a sus fuerzas que no podía dominar. Él se esforzaba pero no le daba resultado. Entonces hicimos oración de liberación por él y no hubo resultados, hasta que comprendimos que sólo estábamos ocupándonos de expulsar al espíritu impuro. Pero al evangelizarlo el Señor hizo su obra y fue liberado de esa obsesión.

En Quebec había una religiosa que cuando iba a comulgar sucedía como si en su mente comenzara a correr una grabación llena de blasfemias. Ella lloraba y sufría mucho por eso. Habló con su confesor y éste le aconsejó que rezara mucho a la Virgen María. Ni penitencias ni ayunos le daban resultados pues todo aquello continuaba.

Un día un sacerdote carismático de Quebec fue al convento, oró por ella para que fuera liberada de ese espíritu de blasfemia. Ella fue restablecida completamente gracias a esa oración.

En el Nuevo Testamento encontramos diferentes clases de espíritus que vale la pena conocer:

- Espíritu inmundo o impuro, que es el más frecuente (Mt 12,43; Mc 1,23.26.27; 3,11; 5,2.8.13; 7,25; Lc 4,33.36; 6,18; 8, 29; 9,42; 11,24).

- Espíritu mudo (Mc 9,17).

- Espíritu sordo y mudo (Mc 9,25b).

- Malos espíritus (Lc 7,21; Hech 19,12).

- Espíritus malignos (Lc 8,2).

- Espíritu adivino (Hech 16,16).

- Espíritu del mal (Ef 6,12).

- Espíritus engañosos (1Tm 4,1).

a.- La Oración de Liberación

El ministerio de liberación se realiza en el nombre y con el poder de Cristo Jesús.

En su nombre oramos al Padre y resistimos las asechanzas del Enemigo. Con su poder lo liberamos de toda opresión y obsesión.

La liberación de opresiones y obsesiones tiene dos aspectos:

- Orar al Padre en el nombre de Jesús para que libere a la persona de todo lo que está esclavizado. Es tan obvio este aspecto que no necesita aclaración.

- Imperar con el poder de Cristo que dijo: "en mi nombre expulsarán demonios".

Mc 16,17. Aquí debemos subrayar que no se trata de una petición sino de una orden para que deje en paz y libertad a la persona. Esta autoridad se ejerce en el nombre de Cristo Jesús.

La oración más sencilla y eficaz la encontramos en san Pablo: "En el nombre de Jesucristo te ordeno que salgas de esta mujer". Hech 16,18.

Algunos sacan el espíritu pero no le prohíben regresar, olvidando aquella Palabra del Evangelio: El Espíritu anda vagando y puede regresar con otros siete peores. (Mt 12,43-45) Es necesario darle la orden: "Te prohíbo regresar". (Mc 9,25) Para hacer la oración de liberación es necesario primeramente pedir la protección del Señor. Así como en la noche de Pascua los dinteles de los hebreos, protegidos por la sangre del cordero pascual, eran respetados por el ángel exterminador; así también la sangre del Cordero de Dios nos cubre, protege y libera de toda influencia del Malo.

El P. Emiliano nos dice como hace esta oración.

"Yo reclamo sobre mí y sobre los que aquí estamos la sangre del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo para que nos purifique de todo pecado y nos proteja contra la influencia del Maligno".

Recuerdo uno de los primeros casos de liberación en que por inexperiencia cometimos errores, pero que mucho nos enseñó:

Sin pedir protección previa nos metimos a hacer una liberación a una persona en un grupo de oración donde había más de treinta personas. Oramos y ordenamos al espíritu que saliera. Aquella persona se levantó liberada pero en ese mismo momento otra comenzó a manifestar los mismos síntomas. Oramos también por ésta y el Señor la liberó, pero el problema se trasladó a una más.

Aparte de que nos había faltado la protección del Señor aprendimos una cosa para toda la vida:

- No basta sacar al espíritu sino que es necesario prohibirle que regrese (Mc 9,25) y enviarlo al pie de la cruz para que Cristo disponga de él.

- Esta oración es conveniente que se haga en comunidad pero no en grupo grande; en un lugar privado, sin curiosos ni niños.

- El equipo debe estar integrado por personas maduras y prudentes, tanto para no estar viendo diablos por todos lados como para saber discernir su presencia y su influjo.

- Por la sangre de Cristo y por sus preciosas llagas tomamos autoridad sobre toda atadura y la desatamos en el nombre de Jesús.

Existe otro aspecto, mucho más importante: no basta sacar las tinieblas. Es necesario encender la luz de Cristo. Si evangelizamos auténticamente, llevando la persona de Cristo Jesús a los demás, nos evitaremos muchos de estos casos de liberación, ya que al entrar Cristo Jesús, que es el más fuerte, expulsa al más débil. (Lc 11,22) La luz hecha fuera las tinieblas (Jn 1, 5).

La eficaz liberación sólo se puede llevar a cabo en un proceso de evangelización integral. Sacar espíritus por sacarlos no tiene ningún sentido. Jesús envió primeramente a sus apóstoles no a expulsar demonios sino a anunciar el Reino. La expulsión es consecuencia de la evangelización. (Cf. Mt 10,7-8)

Generalmente me niego a hacer oración de liberación a personas que no están en un comprometido proceso de conversión.

b.- Auto liberación

En los casos de obsesión y opresión podemos hacer una oración de auto liberación, teniendo en cuenta lo antes expuesto.

Por la fe de nuestro bautismo compartimos la victoria de Cristo y tomamos autoridad en su nombre para expulsar a los espíritus que nos inquietan, molestan o perturban. Por el poder de Cristo la persona se declara libre, gracias a la sangre de Jesús.

Dependiendo del caso y el discernimiento carismático se puede hacer la siguiente oración:

Espíritu de, (suicidio, desprecio, impureza, rencor, miedo, etc.) yo te ordeno en el nombre de Jesús que te alejes de mí y te vayas a los pies de Jesús para que disponga de ti.

Te prohíbo, en el nombre de Jesús, que me vuelvas a molestar".

C.- LA POSESIÓN

La posesión es muy rara; es en lo último que debemos pensar, y sólo hasta después de haber agotado las demás posibilidades.

La posesión se da en casos en que la persona ha entregado su voluntad conscientemente a Satanás, vendiendo su alma, firmando pactos satánicos con sangre, o perteneciendo a sectas diabólicas. También se podría dar en personas que fueron consagradas por sus padres al Diablo.

Es tan fuerte esta esclavitud que la persona pierde su voluntad, quedando totalmente imposibilitada para liberarse de sus cadenas. Entonces necesita un poder superior de afuera a través de un exorcismo litúrgico.

El exorcismo formal litúrgico es hecho por el Obispo o un sacerdote delegado por él para el caso; acompañándose de mucha oración y ayuno.

AYUDAS PARA LA SANACIÓN

Hay autores que, señalando ciertos obstáculos que impiden la sanación, hacen una lista de actos o actitudes que bloquean la acción sanadora del Señor.

Esto parece discutible, ya que Jesús es amo de lo imposible y no hay cosa que pueda impedir su acción salvífica. El es libre y poderoso para actuar con nuestra colaboración o prescindir de ella. El actúa a veces de una forma y a veces de otra. Lo cierto es que nos sana gratuitamente.

Por ejemplo, se afirma que la ausencia de fe es una causa por la cual el Señor no nos cura. Soy testigo de sanaciones entre los musulmanes y gente sin fe.

Dios es más grande que nuestra falta de fe. Nosotros no podemos imponerle reglas de conducta. El hace las cosas por caminos diferentes y mejores a los nuestros (Is 55, 8).

Por esta razón prefiero hablar de medios y ayudas que favorecen la acción de Dios.

La gracia de Dios es eficaz, pero si encuentra un campo preparado puede dar fruto más abundante.

A.- EVANGELIZANDO

Lo que más puede distorsionar el ministerio de curación es, disociarlo del contexto de evangelización. La sanación aislada y separada del anuncio explícito de la salvación en Cristo Jesús carece de fundamento evangélico.

La promesa de Jesús "en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas, impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán sanos", viene inmediatamente después de la orden: vayan por todo el mundo y proclaman la Buena Nueva a toda la creación. Mc 16,14.16.

Evangelizar es instaurar la salvación íntegra del hombre en Cristo Jesús, salvación que se extiende al cuerpo, al alma y al espíritu.

Curar sin anunciar la Buena Nueva de salvación es curanderismo. La curación realizada por Dios se presenta siempre en un contexto de evangelización. Jesús envió a sus apóstoles a evangelizar y evangelizando a curar a los enfermos. No sólo a curar ni sólo a proclamar un mensaje. Las dos cosas van siempre juntas.

Un día estaba comiendo cuando alguien me preguntó indiscretamente:

- Padre, ¿usted está seguro de que tiene el don de curación?

Yo no podía contestar inmediatamente, así que todos se me quedaron mirando, esperando mi respuesta. Entonces dije:

-Bueno... estoy seguro que tengo la misión de evangelizar... los signos y curaciones acompañan siempre la predicación del Evangelio. Yo simplemente predico y oro mientras que Jesús sana a los enfermos. Así hemos hecho el equipo de trabajo y nos acoplamos bien...

La última palabra del Evangelio de Marcos es muy elocuente: Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban Mc 16,20.

Por esta razón a mí no me gusta orar por los enfermos si no tengo oportunidad de proclamar que Jesús está vivo y dar algunos testimonios que muestren que el Evangelio es verdad y que se vive hoy.

Yo soy testigo de que los milagros y curaciones se multiplican cuando anunciamos a Jesús. Yo no entiendo cómo todavía hay personas que se sorprenden y no aceptan los milagros. A mí me sorprendería más que Jesús no cumpliera sus promesas de sanar a los enfermos cuando anunciamos su nombre. Si Dios es maravilloso ¿por qué no habría de hacer maravillas?

Durante el Congreso de Quebec en 1974 me pidieron un taller sobre los signos que acompañan la evangelización. La sala de las conferencias estaba llena con unas 2,000 personas. Como había mucho ruido en el pasillo exterior, deje mi folder sobre el escritorio y yo mismo salí discretamente a cerrar la puerta para estar más recogidos.

En el pasillo estaba una señora en silla de ruedas que tenía cinco años y medio sin poder caminar. La invité a entrar pero ella me respondió:

- Yo quería entrar pero no me dejan, pues la sala está llena y no puedo caminar.

- Venga -le dije- y empujé la silla. Cerré la puerta y comencé mi conferencia, insistiendo en la importancia de anunciar a Jesús resucitado que sana y salva a todo el hombre y a todos los hombres.

Di el testimonio de mi curación y cómo el Señor nos cura con su amor. Subrayé la importancia de testificar las maravillas del Señor en nuestra vida. Una persona se puso de pie y argumentó:

- Yo soy cristiano y creo en Dios. Pero también soy médico y creo que antes de afirmar que estamos curados deberíamos de tener un examen médico que certificara la curación; como lo hacen en Lourdes por ejemplo.

- Usted, como médico, tiene derecho a hacerlo, pero cuando uno siente la sanación como fue mi caso, no se puede esperar lo que digan los médicos para dar gracias a Dios...

El replicó diciendo que deberíamos ser prudentes y mil cosas más, argumentando con palabras que yo ni entendía. Sus razones eran como hielo que caía sobre la asamblea, pues yo no sabía qué contestarle.

Cuando todo se estaba viniendo abajo por la prudencia y sabiduría de ese médico, la señora de silla de ruedas que yo había introducido en la sala sintió una fuerza, se levantó y comenzó a caminar sola por el pasillo de la sala.

Por un accidente de automóvil cinco años y medio antes, había tenido una delicada operación y le habían quitado las rótulas. Por tanto, médicamente ella no podría volver a caminar. Pero el Señor la

levantó ante los aplausos y admiración de todo mundo. Unos lloraban y otros la felicitaban. Su nombre era Elena Lacroix.

Al llegar al micrófono nos dio su testimonio. Cuando terminó de hablar, y la gente aplaudía, me dirigí al médico y le pregunté si creía que deberíamos esperar un examen médico o si ya podíamos dar gracias a Dios.

El médico se tiró de rodillas al suelo. Era el más conmovido de todos. Se sentía apenado y avergonzado de haber hecho el ridículo. Yo le dije:

- No se preocupe. Dios quería hacer un gran milagro hoy y lo usó a usted para manifestar su gloria, diciendo: "Como el padre Emiliano no te puede contestar, Yo si lo haré".

Esta fue la primera sanación física que vi con mis ojos, precisamente al evangelizar.

¡Gloria a Dios!

B.- FE EXPECTANTE

La fe es un ancho canal que favorece que al agua viva de la salvación se manifieste en nuestra vida. La fe nos hace entrar en comunión con Dios mismo y participar su salvación integral, incluyendo la sanación, sea física, sea interior.

La fe es confiar, depender y entregarse sin condiciones a Dios y su designo sobre nuestra vida, renunciando a nuestros planes y medios de salvación. Es decir, nos hace tener los ojos fijos en el Señor Jesús que murió por nosotros y ya resucitó. Hay personas que tienen los ojos en ellas mismas y no en el Señor. Están pensando más en su sanación que en el Sanador.

Se trata de tener fe en Jesús; no fe en nuestra fe. Esto último no sirve de nada. El mejor acto de fe es cuando creemos que Dios es más grande que nuestra poca fe y que no puede depender de nosotros.

Llamamos fe expectante a aquella que espera con certeza y confianza que Dios actúe de acuerdo a sus promesas, sabiendo que El quiere sanarnos. Cuando creemos de esta manera es como si en vez de tener unos cables delgados extendemos unos gruesos para que la acción de Dios sea de alto voltaje.

Yo generalmente no acepto orar por los enfermos sin antes edificar su fe con algunos testimonios para que esperen y confíen en que el Señor quiere sanarlos.

Un día concelebraba la Eucaristía con un Obispo. Su homilía fue una joya que mostraba elocuentemente el valor de la cruz y del sufrimiento. Después de la comunión me sorprendió al pedirme que orara por los enfermos. Yo le repliqué:

- Monseñor, su homilía sobre la cruz fue tan bella que nadie quiere ya sanarse... pero si me permite hablar antes sobre el poder de la cruz y cómo la sanación es un signo del amor de Dios. ..

Jesús nos ha prometido que obtendremos aquello que creemos que ya hemos recibido. (Mc 11,24) El Evangelio está lleno de personas que piden y reciben, buscan y encuentran, llaman y se les abre la puerta. Dios nos pide ser sencillos en nuestra fe. Sin embargo, hay gente que ora así:

- Señor, si es tu voluntad, si me conviene, si va a servir para mi santificación y salvación eterna... entonces, cúrame.

Ponen tantas condiciones que más bien parecen excusas a su falta de fe. Debemos ser pobres que dependen totalmente de su Padre. Un niño nunca dice a su mamá:

- Mamá, si me conviene y no me hace daño el colesterol, dame un huevo.

El niño simplemente pide y la mamá sabe si le conviene o no. A nosotros nos corresponde ser pobres y humildes y pedir con la confianza de recibir.

Otros limitan el poder de Dios y dicen así:

- Señor yo estoy enfermo del corazón, la garganta y mi rodilla. Pero con tal que me sanes el corazón, me consuelo.

Estos también están orando mal. Hay que pedir el paquete completo, sin ponerle límites a la acción de Dios. El es magnánimo y da abundantemente. Si tiene y da el Espíritu Santo sin medida, de igual manera concede sus dones.

Cuando el Papa León XIII cumplía 50 años de Obispo, un cardenal quiso halagarlo diciéndole:

- Le pedimos a Dios que llegue a cumplir otros cincuenta años.

El Papa replicó con sagacidad:

- No le pongamos límites a la providencia de Dios...

El 13 de junio de 1975 fui a un campo para celebrar la fiesta de San Antonio.

Confesé, prediqué, celebré la Eucaristía y oré por los enfermos. Salí rápido de la sacristía pues todavía me faltaba hacer unos bautizos y otras muchas cosas. Una joven me salió al paso llevando de la mano a su mamá. Sin introducciones me dijo muy decidida:

- Padre, ore por mi mamá para que se sane.

Yo le contesté un poco enfadado:

- Pero si acabamos de hacer la oración por todos los enfermos. . .

Ella, con la fe de la mujer siro fenicia del Evangelio, argumentó:

- Es que mi mamá está sorda y no se dio cuenta cuando usted oró.

Sentí compasión de esa gente tan pobre y sencilla. Le hice la seña que se sentara rápido y toda mi oración fue ésta:

- Señor, sánala; pero aprisa, porque tengo mucho trabajo.

Inmediatamente me agaché y pregunté a la señora:

- ¿Hace mucho que usted está sorda?

- Desde hace ocho años.

Me sorprendí que me respondiera, pues se suponía que no debería haber escuchado mi pregunta. Entonces le hablé en voz más baja y le dije:

- Usted parece ser una buena mamá...

Ella se sonrió. ¡Me había escuchado! Pero, más bien, fue el Señor quien nos escuchó en esa oración tan original. Ella sintió como un viento rápido que entro en sus oídos y los destapó.

Yo puedo comprobar que es verdad aquella palabra del Señor: Antes de que me llamen yo responderé, aún estarán hablando y yo les escucharé. Is 65, 24.

Y la convicción del creyente que afirma:

No está aún en mi lengua la palabra y ya tú, Yahvéh, la conoces entera. Sal 139, 4.

Que la fe y la curación van íntimamente unidas lo expresa de una manera muy bella María Teresa G. de Báez a quien Dios sanó de artritis reumatoide a raíz de lo cual toda su familia se acercó al Señor:

"Me faltan palabras, pues hoy no sólo le debo agradecer a Dios mi curación física sino algo mucho más grande y maravilloso que es la "FE", por la cual Dios es la letra de mis canciones, la imagen de mis ilusiones y la luz de mis ojos".

Asunción, Paraguay 25 de agosto de 1981.

C.- ARREPENTIMIENTO

El arrepentimiento favorece la sanación física e interior. La enfermedad en sí (no ésta o aquella enfermedad) es producto del pecado. Si nos arrepentimos del pecado y nos convertimos a Dios, necesariamente van a cesar las consecuencias del pecado. Para esto conviene leer 1Cor 11,30.

Confieso que hay personas que viven en pecado y que son sanadas por el Señor, pero también soy testigo que la mayor parte de las que reciben curación son llevadas a un arrepentimiento. Sin embargo el camino más normal es el que encontramos en el Evangelio.

- Primero, la sanación del pecado:

"tus pecados te son perdonados".

- Después, la sanación física:

"levántate, toma tu camilla y anda". Mc 2,5.11.

Altagracia Rosario era una joven de 26 años que estaba sorda desde hacía dos años y que tenía varios meses ciega; además una anemia la mantenía en la cama esperando lentamente su muerte.

Su mamá la llevó a la quinta reunión de Pimentel en 1975. Era tanta gente por todas partes que la acostó en el suelo. La pobre enferma, sorda y ciega, sufría mucho y no se daba cuenta de lo que pasaba.

Al día siguiente estaba completamente sana: veía y oía perfectamente. Pero lo más maravilloso no fue que se le abrieran los ojos y los oídos sino que el Señor entró en su corazón apartándose inmediatamente de una situación de pecado en la que vivía desde hacía tiempo. Luego se hizo catequista y daba su bello testimonio en San Francisco de Marcorís de donde era originaria

Meses después, viviendo las delicias de la nueva vida que Jesús le había dado, cayó enferma de fiebre. El 18 de noviembre le dijo alegremente a su mamá:

- Mamá, oí la voz del Señor en mi corazón que me decía que dentro de dos días vendría a buscarme para llevarme con El.

Su mamá le respondió:

- Altagracia, no digas eso. Es tu fiebre la que te hace delirar y pensar que es la voz del Señor. No vuelvas a repetir eso porque se van a burlar de ti.

Sin embargo, ella lo contaba a todas las catequistas que iban a visitarla. Y efectivamente, el 20 de noviembre murió feliz y cantando como un pajarito. Su entierro fue bello; en medio de cantos de alegría y de esperanza. Ella había recibido la sanación total: su muerte no fue luto ni hubo lágrimas sino felicidad y alegría porque se encontraba de manera definitiva total con Aquel que la amaba.

Annette Giroux de 28 años, sufría de Parkinson y fue llevada por sus parientes a la misa de clausura del Congreso de Montreal en Pentecostés de 1979. A la hora de la comunión un sacerdote subió a las gradas del estadio y le ofreció la comunión, pero ella dijo:

- No, no puedo comulgar porque vivo en pecado...

Tenía dos años que vivía en concubinato. Allí mismo decidió cambiar su conducta.

Se arrepintió, se confesó, comulgó y tomó el riesgo de la fe. Al regresar a su casa le dijo al hombre con quien vivía:

- A partir de hoy no me consideres tu mujer, a no ser que te quieras casar conmigo por la Iglesia. En tres días regreso a la casa de mis papás.

Tomó una habitación aparte y dos días después despertó sintiendo un gran calor en todo el cuerpo. Se levantó dándose cuenta que no tenía el dolor relacionado con su enfermedad. Estaba completamente sana.

Así, sana de su alma y de su cuerpo, regresó con sus padres... Dos meses después se celebró el sacramento del matrimonio con asistencia del grupo de oración que había escuchado su testimonio.

Ella primero se arrepintió y después fue sanada físicamente. En el siguiente caso sucedió al revés:

Mariano tenía diez años sin entrar a una Iglesia, pero fue curado de su adicción alcohólica y de úlcera el día que su madre, doña Sara, dio testimonio de su maravillosa curación.

Regresó feliz a su casa. Él quería comulgar pero estaba impedido por su situación matrimonial, pues estaba viviendo en adulterio con una mujer con la cual ya tenía hijos.

Como no era posible la separación, ni menos la unión con su primera esposa, pero él tenía verdadera hambre de Dios, tomó aposento aparte de su mujer. Así, viviendo como hermanos por unos meses, pudo comulgar el día de Pentecostés en que el Señor lo llenó

de preciosos carismas para evangelizar. Me acompañaba en muchos retiros a lo largo del país hablando a las parejas para que perseveraran fieles al Señor en el matrimonio.

Después de varios años de mantenerse en este difícil camino, el señor Arzobispo estudiando a fondo su primer matrimonio, se encontró una causa suficiente por la que aquel matrimonio no fue válido. De esta forma fue posible casarse por la Iglesia con la 59

mujer con la que vivía. Fue una misa celebrada por el mismo Arzobispo. La Iglesia estaba llena de parejas a las que él les había predicado la fidelidad conyugal.

Lo importante es que el Señor quiere sanarnos completamente: de cuerpo, alma y espíritu. A veces la sanación física ayuda a la conversión, a veces el arrepentimiento ayuda a la curación física.

D.- PERDONANDO

Innumerables veces hemos sido testigos de cómo el perdón a nuestros enemigos desencadena la acción salvífica de Dios. La oración que el Señor nos enseñó dice claramente: "perdónanos como nosotros perdonamos". Mt 6,12. Otros textos también así lo afirman.

Por otro lado, casi todas las veces que Jesús promete la eficacia de la oración y la respuesta a nuestras peticiones la une y la hace depender del perdón. (Mt 18,21; Mc 11,25)

Muchos piensan que perdonar es perder y no se dan cuenta que es ganar, porque así, Dios nos libera de nuestros odios y resentimientos; nos asemeja a Jesús que amó y perdonó a sus enemigos y nos abre al perdón y a la gracia de Dios. El siguiente testimonio así lo muestra:

Una vez sentí que el Señor me estaba pidiendo perdonar a una persona que me había hecho mal. Como yo no estaba dispuesto a renunciar a la venganza, me resistía y presenté la siguiente excusa:

- Señor. ¿Para qué quieres que ore por ellas si de todos Tú eres tan bueno que la bendecirás aunque yo no te lo pida?

Y una clara voz interior me contestó:

- Necio, ¿no te das cuenta que al orar por ella el primer sanado eres tú?

Perdonar es resucitar en nosotros la nueva vida traída por Jesús. Perdonar y pedir perdón es como un relámpago que anuncia una lluvia fecunda.

El testimonio de Evaristo llegado al P. Emiliano Tardif muestra como perdonar es sanar:

Desde muy pequeño, serios problemas con mi padre me obligaron a dejar la casa.

Yo pensaba que el tiempo sanaría todos esos amargos recuerdos de mi infancia, pero no fue así. Viví siempre cargando mi historia dolorosa. Dios me concedió la gracia de conocer la Renovación Carismática por la cual El me liberó de muchas ataduras, dándome un fuerte impulso en mi vida de fe. Sin embargo, había algo que me faltaba: yo no tenía esa alegría espontánea y natural que veía en toda la gente de la Renovación.

Vivía amargado y aburrido.

Así pasaron algunos años hasta febrero de 1977 cuando mi padre cayó gravemente enfermo. Yo sabía que estaba ante la última oportunidad de reconciliarme con él, pero no tenía fuerza ni valor para hacerlo. El día 13, mientras él agonizaba, yo luchaba en mi interior pues sentía que no tenía fuerza para perdonarlo. Me puse en oración y le dije al Señor.

- Yo solo no puedo, Señor.

Una voz Interior me respondió muy claramente y me dijo:

- Tú solo no puedes, pero en mi nombre si puedes. Todo es posible para el que cree.

Con la fortaleza del Señor me acerqué a mi padre y lo abracé, perdonándolo de todo corazón. Y no sólo eso, sino que también le pedí perdón con lágrimas en los ojos.

El rostro agonizante de mi padre se transfiguró; o tal vez lo que pasó es que yo lo veía con ojos diferentes porque el Señor me había transformado a mí. Lo amaba con el corazón de Cristo Jesús y lo abrazaba con sus brazos.

Desde ese día comencé a entonar un canto nuevo a nuestro Dios, una alabanza de alegría que no se ha agotado en siete años. El Señor me ha hecho ver su gloria gracias a esta sanación interior a través del perdón. Ahora si soy feliz y proclamo alegremente que el Señor hizo en mí maravillas y doy testimonio de que todo lo puedo en Aquel que me conforta.

Otro testimonio muy bello es contado por Olga G. de Cabrera, de Guatemala.

Por diez años estuve sufriendo unos intensos dolores de mis piernas y brazos que se fueron deformando. Visité quince médicos en busca de mi sanación y uno de ellos me dijo que era necesario amputarme la pierna izquierda. El primero de mayo de 1976 quedé completamente inválida. Debía pasar el resto de mi vida en la cama y en mi silla de ruedas que yo tanto odiaba.

Sabiendo que había una misa por los enfermos en el gimnasio tomé la determinación de asistir en mi silla de ruedas. Me colocaron hasta adelante. Cuando entró el Cardenal Casariego se detuvo frente a mí, tomo mis manos entre las suyas, y me dijo:

"El Señor te ama y hoy te va a sanar".

Cuando comenzó la oración de curación interior lloré mucho y perdoné de corazón a los que tanto daño me habían hecho. Luego cuando el padre Tardif oró por la sanación corporal yo sentía que algo

me empujaba y me decía: "levántate y camina". Sentí primero un fuerte calor y luego un escalofrío. Con los ojos llenos de lágrimas me levanté y comencé a caminar frente al altar.

El Señor es tan maravilloso que me sanó físicamente, moral e interiormente.

Bendito y alabado sea por siempre su Santo nombre. Gloria a ti, Señor, Rey del Universo.

E.- ORACION EN COMUNIDAD

Jesús prometió:

Yo les aseguro que si dos de ustedes se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Mt 18, 19-20.

La oración comunitaria tiene un poder especial concedido por el mismo Dios. Esto lo hemos experimentado ampliamente en nuestro ministerio. Por esta razón siempre nos gusta orar en comunidad. En comunidad el discernimiento se enriquece ya que uno puede tener una visión, otro un mensaje, aquel una palabra de conocimiento y todos oramos en lenguas.

Sobra decir que el momento comunitario por excelencia es durante la celebración Eucarística. Allí las sanaciones se multiplican.

Desgraciadamente hay gente mal acostumbrada que después de una oración comunitaria le gusta que se ore en privado por ella. Nosotros generalmente nos negamos ya que eso significaría que la oración que acabamos de hacer no tuvo valor.

Existe una tremenda diferencia entre la oración comunitaria y la oración personal por cada enfermo. En cada uno de los retiros que he tenido en estos diez años ha habido sanaciones físicas en todos y cada uno. Mientras que orando individualmente por sanación no he visto el mismo fruto. En cambio, en la oración de curación interior existen más frutos orando por cada caso en particular; pero siempre es una comunidad la que ora por esa persona.

En conclusión, pienso que hay pocas personas con don de curación, pero existen muchas comunidades con ese carisma.

De un campo vecino vinieron quince personas a una de las dos reuniones de oración de Pimentel. Venían cantando, alabando a Dios y rezando el rosario. Realmente era una peregrinación y su oración se prolongó todo el camino.

Al regresar otra vez a su campo comenzaron a compartir lo que el Señor había hecho y se dieron cuenta que los quince habían sido curados de algo. Entonces daban testimonios juntos.

Yo anhelo el día en que en una oración por los enfermos se pueda afirmar como en el Evangelio: todos fueron curados.

F.- Oración del enfermo

Conviene que el enfermo también ore. Es muy cómodo solamente pedir oración a otros como quien manda lavar su ropa sucia a otra parte y él no se ocupa de nada. Estas personas están buscando un alivio rápido y cómodo que no les exija ningún esfuerzo de su parte. La sanación profunda sólo se da en la medida que entramos en comunión permanente con el Dios que purifica y santifica.

¡Qué maravillas vemos en las personas que oran! Si creyéramos en el poder de la oración estaríamos más dispuestos para hacerla y le daríamos prioridad sobre otras actividades. Muchos dicen que se pierde el tiempo orando porque no se hace nada, y no se dan cuenta que lo más importante no es lo que nosotros hacemos sino lo que Dios hace en nosotros durante la oración.

Había una persona que siempre, en todo tiempo y lugar, nos asaltaba para que oráramos por ella. Cuando yo me la encontraba ya hasta le sacaba la vuelta, pues era muy insistente. Un día vino una persona de Estados Unidos a impartir un retiro. Al terminar la charla, como de costumbre, la señora se le acercó y le pidió que orara por ella. Esta persona primero se puso en la presencia de Dios y sintió una voz interior que le decía:

"no ores por ella, pues sólo esta cansando a mis servidores".

Qué diferente es este caso al que sucedió en el Congo: en la misa de clausura de Brazzaville el Señor realizó muchas curaciones maravillosas. Mientras el sol se ocultaba la gente salía feliz como si bajara del Monte Sinaí después de haber experimentado la gloria del Señor.

Después de que todo mundo abandonó el estadio alabando a Dios, el guardián cerraba las puertas y apagaba las luces. Entre las gradas vacías se había quedado una mujer en oración; junto a ella su hijito de seis años sentado en medio de dos muletas. El guardián le dijo:

- Señora ya váyase. Ya todo terminó y voy a cerrar las puertas.

- No, no puedo irme porque mi hijo todavía no se cura, voy a seguir orando...

El cuadro era tan conmovedor que el guardia le permitió permanecer allí más tiempo. Ella perseveró en oración más de dos

horas. A las 8.15 p.m. el pequeño se levantó por su propio pie y comenzó a caminar sin muletas ante la luz de la luna que con su palidez plateada hacía más bella y tierna la escena.

Era la perseverancia en la oración de la que nos habla el Evangelio (Lc 11,5-8).

G.- INTERCESIÓN DE MARÍA

En el ministerio de curación no podemos olvidar el poder de intercesión de María.

Sabemos que ella no cura a nadie pero sí puede interceder para que tengamos el vino que está haciendo falta en nuestra vida, como en Caná. El siguiente testimonio fue narrado personalmente por un miembro de nuestra comunidad:

Un día fui a ver al ginecólogo pues me sentía con ciertas molestias. El me dijo que necesitaba operarme. Como yo me resistía él me contesto:

- Tu enfermedad es progresiva. Yo sé que tú tienes mucha fe; así que te voy a dar un año para que ores al Señor y le pidas que te sane como tú dices que sana. Si no te curas, entonces tendré que operarte.

Yo acepté el reto pues sé que mi Señor hace maravillas. Pocos días después el padre Emiliano nos invitó a mi esposo y a mi para dar un retiro en Chicago. Aunque yo me sentía mal no dije nada pues estaba segura que el poder de Dios me ayudaría para proclamar su Palabra

Estando en Chicago me sentí mal. Mi esposo y el padre Emiliano oraron por mí pero la hemorragia continuaba. Entonces me llevaron con un reconocido ginecólogo de esa ciudad para que me atendiera. El confirmó la necesidad de la operación. Ante la imposibilidad de hacerla por estar lejos de casa, sólo me recetó una medicina, que gracias a Dios no tomé, pues a sentir del siguiente doctor que visitamos, más me hubieran perjudicado que ayudado.

Continuamos el viaje de evangelización por Canadá donde me agravé. Vi un segundo doctor y él no se explicaba cómo yo estando tan delicada estuviera tan contenta.

Ese doctor recomendó que me internaran en el hospital pero yo tenía fe en mi Señor y nos fuimos al Congreso que ese día comenzaba.

Terminamos el Congreso, la hemorragia se había complicado. Ese día fuimos al Santuario mariano de Nuestra Señora del Cabo y mientras mi esposo y el padre Emiliano oraban por mí, yo le dije a la Virgen María:

- Madre Santísima, yo te amo y me abandono a tus cuidados maternos. Me siento avergonzada ante tu Hijo Jesús porque me ha faltado fe para darle las gracias porque ya me está sanando. Tú ruega por mí para que pueda crecer en la fe de que tu Hijo me está sanando.

Abandoné completamente mi problema en las manos de María para que ella se encargara de él ante Jesús. Ya de regreso a República Dominicana el padre Emiliano me preguntó si me estaba tomando la medicina que me recetó el doctor canadiense. Yo le respondí que la había olvidado pero que le daba gracias a Dios porque así se manifestaría más claramente su gloria.

Como me sentí admirablemente bien no vi a mi ginecólogo en mi país sino hasta seis meses después. El me recibió un poco agresivo diciendo:

- Si tú crees que te vas a sanar predicando, estás muy equivocada. El predicar no sana.

Yo me quedé en paz porque estaba segura a que el Señor ya había hecho su maravilla en mi vida. Luego me examinó y me dijo lleno de sorpresa:

- Yolanda, es verdad. El Señor sana. Tú estás perfectamente. El Señor ha hecho la operación que yo te iba a hacer. Cuánto te ama el Señor...

- Doctor, también te ama a ti. El también quiere hacer una operación en tu corazón para sanarte y que seas un hombre nuevo y puedas gritar y proclamar que Jesús está vivo y sana, para gloria del Padre.

Así como aquella mujer hemorroísa tocó el mando de Jesús y quedó inmediatamente sanada de su hemorragia, Yolanda se acercó al vestido de Jesús que se llama María, lo tocó y sanó. Jesús se revistió de la carne de María. Ella es como el manto de Jesús que todo aquel que lo toca con fe queda curado de su enfermedad (Mc 6, 56).

Ella es quien tiene de manera más excelsa el carisma de curación.

En la oración de liberación hemos comprobado el poder de la intercesión de María para que Jesús rompa las cadenas que esclavizan a los oprimidos por el pecado o alguna opresión u obsesión del Enemigo. En muchos casos hemos ratificado cómo el rezo del Santo Rosario ha sido muy eficaz. El siguiente testimonio así lo muestra Un día llegaron a nuestro negocio llevando un pobre hombre que sufría opresión.

Producía ruidos extraños, se había quedado sordo y mudo; además no comía desde hacía ocho días. Al darme cuenta de la

gravedad del caso respondí que mi esposo no estaba y que regresaran después. De esa manera me escapaba de hacer esa oración tan difícil para la cual no me sentía capacitada. Sin embargo, en ese momento oí una voz interior que me preguntó:

- Yolanda, ¿eres tú quien sana o soy Yo?

Inmediatamente le pedí perdón al Señor y reconocí que El sólo era quien sanaba.

Así, comenzamos la oración. Aquel hombre se arrodilló y en cuanto puse mis manos sobre él comenzó a gritar y agarró mis dos manos con las suyas con mucha fuerza. Yo estaba profundamente impresionada y no sabía ni qué hacer ni cómo orar. Lo único que brotó de mi corazón fue el rezo del Ave María. En cuanto comencé, perdió toda su fuerza y cuando llegué a "bendita eres entre todas las mujeres" él ya estaba orando junto conmigo. Al terminar estaba en paz y simplemente dijo: "denme comida".

Que la virgen María puede interceder eficazmente ante su Hijo con la fuerza del amor lo hemos aprendido y comprobado más con la experiencia que con la teología.

H.- ABANDONO

Nosotros oramos pero no podemos forzar la mano de Dios, El puede tener un plan mucho más hermoso que el nuestro, (Ef 3,20) El puede curarnos o concedernos la sanación completa: el encuentro definitivo en la vida eterna donde no hay lágrimas, luto ni muerte.

Por tanto es fundamental la actitud de abandono confiado en las manos amorosas del Padre. Este abandono en sí ya es una gracia inmensa. Quien se abandona a Dios recobra la paz profunda que el mundo no puede dar. Recomiendo mucho la oración del padre Carlos de Foucauld:

"Padre, me pongo en tus manos.

Haz de mí lo que quieras, sea lo que sea, te doy gracias.

Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal que tu voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas.

No deseo más, Padre.

Te confío mi alma, te la doy con todo el amor de que soy capaz, porque te amo y necesito darme a ti, ponerme en tus manos, sin limitación, sin medida, con una confianza infinita, porque tú eres mi Padre"

Este abandono, acompañado de la oración de alabanza, alcanza curaciones físicas e interiores que ni nos imaginamos. La oración que más muestra el abandono y la fe no es la de petición sino la de alabanza. Alabar al Señor siempre y por todo. Hay miles de personas que dan testimonio en sus vidas de este poder de la alabanza. Lo que no se consigue cuando pedimos, siempre se obtiene cuando alabamos.

Muchas personas que han pedido, orado y rogado por su sanación la obtienen cuando se abandonan incondicionalmente en las manos del Padre misericordioso. Pepe Prado nos cuenta su testimonio:

Tenía yo unos cuatro años sufriendo de úlcera péptica, pero a fines de Junio de 1981 tuve que ir de emergencia al hospital pues tenía una hemorragia severa. Tres días después salí de allí. El médico gastroenterólogo me dio un tratamiento que incluía medicinas, una dieta rigurosa y un horario fijo para tomar alimentos. Tomaba la medicina regularmente, pero como tenía que viajar muy a menudo a diferentes lugares predicando la Palabra de Dios no pude seguir la

dieta. A causa de este descuido, un año después, se volvió a presentar el mismo problema. Fui internado y me hicieron una endoscopía el de mayo de 1982. El resultado fue: cuatro úlceras prepilóricas y una duodenal, gastritis severa, hernia hiatal y duodenitis no dudar.

El doctor me dijo que necesitaba operación y que apartara una semana para la intervención quirúrgica ya que prefería hacerlo en calma y no de emergencia. Salí dado de alta, pero a media noche volvió la hemorragia. Al darme cuenta me sentí preocupado pensando que debía regresar al hospital y temí que tal vez había llegado urgente la hora de la operación. Sin embargo, mi problema era más profundo: de fe. Yo estaba muy triste y hasta un poco decepcionado del Señor.

Confieso que me sentí un tanto defraudado por El. Más que orar, comencé a reclamar, diciéndole:

- Señor, verdaderamente no te entiendo. Tú sabes que por viajar por diferentes ciudades y países predicando tu Palabra no pude llevar la dieta adecuada. Tú sabes que en los retiros y cursos no hay siempre la misma hora para comer, tú sabes que no puedo cuidarme como el doctor lo ha indicado; y tú, que puedes sanarme para que siga predicando tu Palabra, mira cómo me tienes.

En ese momento oí claramente la voz del Señor que me dijo

- ¿Por qué temes a la noche que te lleva al nuevo día?

Esa palabra fue espíritu y vida para mí. Creí en el Señor y me entregué sin condiciones a su plan sobre mi vida y hasta sobre mi muerte. Ya ni siquiera me importaba estar sano, sino que su voluntad se cumpliera en mí. Fuera lo que fuera yo estaba en sus manos y dependía de El. Le firmé el cheque en blanco para que El hiciera de mí lo que quisiera. Su camino era infinitamente mejor que el mío. Era de noche, pero sabía, con la certeza de la fe, que me aguardaba el amanecer que anuncia la nueva creación. Entonces me volví a acostar y dormí en completa paz. Yo sabía que en ese momento Dios había hecho algo para mi vida entera. Pocas semanas después me sentía tan bien que dejé la medicina y no me volví a preocupar de la dieta. Seis meses más tarde fui a dar un retiro a Houston. Recuerdo que en esa ocasión el Señor me pidió el paso en fe de viajar sin un solo centavo, dependiendo totalmente de El. Yo me resistía porque quería aprovechar la ocasión para que me hicieran un reconocimiento profundo de mi estómago. Sin embargo, El Señor fue más fuerte que yo y me abandoné confiadamente a sus promesas.

De la forma más increíble, El proveyó para todos los gastos de mi estancia y análisis en el Centro de Gastroenterología Al final, el médico me dijo lo que yo ya sabía:

- Usted no necesita operación. Las úlceras han cicatrizado.

Yo regresé feliz a México comprobando una vez más que quien se abandona en las manos del Padre amoroso no le hace falta nada. Hace dos años de todo esto. Me siento perfectamente.

No necesito de medicamentos y ningún alimento me hace daño.

I.- ORACIÓN EN LENGUAS

La oración en lenguas es maravillosa. Como nosotros no sabemos orar como conviene, El Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad para interceder por nosotros con gemidos inefables. Rm 8,26

No es el lugar, y ya pasó el tiempo de querer justificar el don de lenguas. Es una realidad en la Iglesia de hoy. Simplemente quiero confesar mi experiencia: he visto muchas más curaciones mientras oro en lenguas que con la oración normal, nos dice el P.

Emiliano Tardif.

Un día me invitaron a un programa de televisión en la ciudad de Bogotá, Colombia, pidiéndome que orara por los enfermos. Lo curioso es que el programa sólo duraba un minuto, por eso se llamaba "el minuto de Dios". A mí me parecía demasiado poco tiempo y reclamé diciéndoles:

- Ustedes duran tres minutos anunciando las cervezas y al Señor le dan sólo un minuto....

Comencé la oración tan apremiado por el tiempo que oré muy rápido. Al terminar abrí los ojos y vi el reloj: ¡me quedaban todavía treinta segundos! Mi problema entonces era que no sabía que hacer con tanto tiempo. Oré en lenguas frente a las cámaras de televisión.

Según testimonio reciente del padre Diego Jaramillo, gran predicador carismático, hubo varias personas que fueron curadas en esa ocasión.

La oración en lenguas facilita que se den palabras de conocimiento o discernimiento carismático. Es cuando estamos más disponibles para que el Señor nos use porque estamos completamente rendidos a El.

En el Segundo Encuentro Carismático de Montreal me pidieron hacer la oración por los enfermos. Había unas 65 mil personas en la Eucaristía, la cual era transmitida por televisión. Oré mucho en lenguas y vinieron algunas palabras de conocimiento que transmití tal y como me llegaban. Una de ellas era así:

- Hay una buena mamá de 74 años que está sentada frente al televisor de su casa.

En estos momentos el Señor la está sanando de sus ojos que no pueden ver.

Al terminar la misa se me acercó un sacerdote que me tenía cierta confianza y me dijo:

- ¿Pero es que tú estás loco? ¿Cómo anunciar ante 65 mil personas que una mujer ciega está delante del televisor?

Era tan lógica su objeción que no le pude responder. Pero al día siguiente salí a visitar a mi familia a 200 kilómetros de Montreal. Cuando llegué, alguien me dijo:

- Padre, cerca de aquí vive la señora que se sanó de los ojos delante de la televisión.

A mí me dio tanto gusto que fui a visitarla. Se llamaba Joseph Edmond Poulin y efectivamente tenía 74 años. Había enfermado de la retina. Después de un tratamiento especializado, los médicos afirmaron que su enfermedad era progresiva e incurable.

Una amiga le sugirió estar delante del televisor siguiendo la misa de sanación del Congreso de Montreal. Cuando hice el anuncio, ella sintió mucho ardor en los ojos.

Yo le pregunté si podía leer a lo cual contestó negativamente. Entonces añadí:

- El Señor no hace las cosas a medias. Vamos a orar para que usted pueda leer la Palabra de Dios.

Tres días después me llamó por teléfono para comunicarme la alegre noticia de que estaba leyendo la Biblia.

El don de lenguas me dispuso para que el Señor comunicara lo que El estaba haciendo.

J.- RENUNCIA A SATANÁS

- Cuando se depende del poder de las tinieblas sí se está bloqueando la acción salvífica de Dios. Por tanto es necesario renunciar explícitamente a todo ocultismo y esoterismo, curanderismo y magia, horóscopo, cualquier tipo de adivinación y supersticiones.

No se puede servir a dos señores ni tampoco ser propiedad de ambos. O con Cristo o contra él, o con él se junta o contra él se desparrama.

Este es el único punto que sí considero esencial ya que por el poder de las tinieblas también se producen curaciones. Para evitar esta confusión es absolutamente necesario renunciar a todo contacto

con ciencias ocultas, amuletos, espiritismo, hechicería y todo aquello que usurpe el lugar de Dios.

CINCO CARTAS

Entresacamos párrafos de las cartas circulares a familiares y amigos donde ofrecemos una idea general del ministerio del P. Emiliano Tardif de estos últimos años.

Sánchez, 30 de diciembre de 1980

Muy queridos familiares y amigos:

Quiero contarles algo de mi viaje por África, tanto en Camerún, como en Senegal.

El día 14 salí de Santo Domingo. Después de 18 horas de vuelo llegué muy cansado a Camerún a las siete de la noche. Lo único que deseaba era descansar en la cama, pero me esperaba una "agradable" sorpresa en el aeropuerto. Sucede que al presentar mi pasaporte me dijeron que faltaba la visa. Yo les contesté que en Santo Domingo me informaron que un canadiense no necesitaba visa para entrar a Camerún. Yo insistía, pero mis argumentos no contaban, ya que las leyes habían cambiado recientemente. Solo me respondieron:

- Usted no puede ni siquiera salir hoy del aeropuerto. Aquí pasará la noche y mañana temprano deberá regresar a Suiza para conseguir su visa y entonces podrá regresar al país.

Pero, Suiza estaba a siete horas en un avión... Una pareja de franceses estaba en similar situación. Ellos se sentían tranquilos y estaban seguros de entrar al país, pues, según dijeron, "pusimos ya nuestro asunto en manos de la Embajada Francesa". Yo por mi parte oré al Señor y le dije:

- Yo no tengo nadie a quién recurrir sino a ti. Si tú has planeado estos retiros en Camerún, tú me vas a abrir las puertas. Pero si no fuera plan tuyo, no tiene caso que yo entre al país. Dejo todo en tus manos...

Por un momento oré en lenguas. Luego me pusieron un policía alto y fuerte junto a mí. Como si yo tuviera a dónde escaparme. Pensé: si no puedo evangelizar en Camerún por lo menos voy a evangelizar a este policía musulmán, y comencé a hablarle de Jesús y sus maravillas.

Después de la media noche el policía tenía más sueño que yo. En eso llegó un telefonema con la orden de dejarme entrar al país. Un hermano Lasallista se había movido por todos los medios y consiguió una visa por quince días. Me fui a descansar a mi cama. Al día

siguiente regresé otra vez al aeropuerto para tomar otro avión. Allí estaban todavía los franceses, con caras tristes y muy fatigados por no haber dormido. No habían conseguido entrar al país y debían regresar a París. Entonces aproveché para decirles:

Yo no puse mi asunto en manos de hombres sino de Dios y conseguí entrar.

Nuestro Dios es más poderoso que la Embajada Francesa...

Esta primera experiencia de evangelización en África ha sido muy hermosa.

Simplemente tenía la impresión de estar en los campos de Samaná, en la República Dominicana al ver los rostros alegres y sencillos de la gente; personas simpáticas y abiertas. Era el mismo clima, el mismo paisaje y el mismo Dios actuando sus maravillas.

El sábado por la tarde celebramos la misa por los enfermos y Dios comenzó a repetir los signos y milagros de Pimentel en 1975. Durante la oración por los enfermos vimos muchas curaciones sorprendentes.

Entre otras la de una niña de cinco años que no caminaba y, gracias a Dios, lo pudo hacer a partir de ese momento. Al día siguiente, en la misa de la Catedral, invité a la mamá de esta niña a que diera testimonio delante de la gran asamblea. Luego le pedimos

68 que hiciera caminar a la niña delante de todos, frente al altar. La pequeña lo hizo a la vista de todos que lloraban y alababan a nuestro Dios. Hubo una tempestad de aplausos en la Catedral.

¡Jesús está vivo... también en África!

Durante el retiro de sacerdotes la bendición más grande que vi fue la de un misionero que había decidido dejar su ministerio para casarse. Algunos amigos lo invitaron al retiro antes de tomar su decisión final. El aceptó y el Señor lo pescó otra vez.

Entregó de nuevo su corazón al Señor y reafirmó su voluntad de seguir sirviendo en el ministerio sacerdotal.

El retiro terminó con la misa al aire libre donde asistieron más de tres mil personas.

Había 38 sacerdotes celebrando la Eucaristía y el Señor acompañó otra vez la proclamación de la Palabra con signos y prodigios. A través de la palabra de conocimiento el Señor nos dijo:

- Aquí hay un joven de 16 años, sordo del oído izquierdo que el Señor está sanando.

Naturalmente él no escuchó este mensaje, pues estaba sordo, pero eso no impidió que el Señor actuara con poder.

Al terminar la misa se acercó un joven al altar contando a toda la asamblea que estaba sordo y que tenía 16 años. El Señor lo acababa de sanar. ¡Todos alababan al Señor!

Al día siguiente continuaron los prodigios en la Catedral de Yaunde. Una empleada del Banco de Yaunde que padecía miopía desde hacía trece años fue sanada por el Señor.

Al día siguiente ella contaba a todos sus compañeros de trabajo el milagro del Señor.

Como la conocían con sus gruesos lentes y ahora ya no los usaba, todos fueron a la misa de ese día. En esta ocasión había más de tres mil personas. Entonces tuvimos que sacar el altar fuera de la iglesia, pues la gente no cabía en la Catedral. Durante la Celebración de la Cena del Señor, una niña fue sanada de su brazo izquierdo que tenía paralizado. Un policía cayó bajo el poder del Espíritu y fue sanado de la columna. La madre superiora de una comunidad africana también experimentó el descanso en el Espíritu y fue sanada de úlcera. Fueron tantas las curaciones que sería imposible enumerarlas todas. En unos cuantos días habíamos vuelto a ver todos los signos que identifican a Jesús como Mesías: los ciegos veían, los cojos caminaban, los sordos oían y los pobres eran evangelizados.

Luego salí para Senegal donde cientos de curaciones vinieron a recordar a este pueblo que Jesús está vivo. Un Misionero del Sagrado Corazón, al ver tantas maravillas y la respuesta tan entusiasta de la gente, nos dijo:

- Esto es lo que precisamente estábamos necesitando aquí. Yo sabía que el Señor llegaría de esta manera a nosotros, pues cuando los musulmanes ven que Jesús realiza milagros llegan a creer que está vivo y que es más que un simple profeta. Esto es lo que estábamos necesitando hoy entre nosotros...

Y no dejaba de repetir: "Esto es lo que estábamos necesitando aquí", refiriéndose a las curaciones que habían hecho germinar y crecer la fe de aquella gente. Pero, ¿en que parte del mundo no serían necesarios estos milagros? Todavía no encuentro un país en este planeta donde salgan sobrando.

El Prefecto de Sangmelina, que era protestante, vino personalmente a despedirse y a agradecer la curación de su esposa que había padecido del hígado, y de su hermana que fue curada de mala circulación. Estaba muy emocionado y me traía un "regalito" para que

lo guardara como recuerdo de mi paso por Sangmelina: se trataba de un auténtico colmillo de elefante.

Quise guardarlo en mi maleta pero no cabía. Entonces lo envolví y continué mi viaje. Sin embargo, tuve que pagar exceso de equipaje por culpa del dichoso colmillo que pesaba mucho. Al bajar del avión, por poco olvido el colmillo en la banda de equipajes.

En una mano cargaba mi pequeña maleta y en la otra aquel envoltorio. El "regalito" empezaba a serme estorbo y costoso.

Al llegar a mi nuevo destino, una persona conocedora en la materia, se quedó admirada de la pieza tan fina. Con los ojos bien abiertos me dijo:

- Padre, este colmillo de elefante es muy valioso. Espero que no tenga problemas en el aeropuerto, pues son muy estrictos con el tráfico de marfil.

A partir del momento que supe el precio del colmillo y los riesgos que corría con él, cambió mi vida. Inmediatamente le compré una maleta especial que cuidaba con más esmero que la mía. En los aeropuertos crecían los problemas: al salir pagaba exceso de equipaje y al llegar tenía que orar así:

- Señor, yo soy testigo de que tú abres los ojos a los ciegos. Ahora ciérraselos a estos señores para que no vean el colmillo... tú sabes que es un "regalito".

Cuando me hospedaba en una casa, lo primero que guardaba y escondía era el costoso colmillo. A veces hasta lo ponía debajo de la cama, y al regresar de predicar por la noche, lo primero que hacía era hincarme para buscar mi colmillo. A veces lo sacaba y lo contemplaba por algunos segundos. Después de acariciarlo lo volvía a guardar cuidadosamente.

Un día estaba en oración cuando de pronto comencé a pensar en el valioso colmillo y las preocupaciones y ansiedades que me habían venido desde que viajaba conmigo.

Además ¡todo lo que me faltaba del viaje! Entonces exclamé en voz alta:

- Señor, qué razón tenías cuando dijiste "bienaventurados los pobres" porque cuando yo no cargaba este colmillo no tenía problemas como ahora.

Me levanté de la oración y regalé el colmillo, regresando inmediatamente la paz a mi corazón. Desaparecieron las preocupaciones, los excesos de equipaje y hasta las distracciones en la oración.

Con esto he aprendido que los colmillos de elefante: llámense poder, dinero, gloria, cosas materiales, son siempre fuente de esclavitud. Lo peor es que ante ellos nos postramos y nos distraen del verdadero Dios. ¡Qué incómodos son estos colmillos!

¡Cuánto exceso de equipaje pagamos por ellos! ¡Qué pesados son, sobre todo cuando atrás del colmillo cargamos el elefante completo!

Que no necesitamos de los bienes materiales los que confiamos en el Señor, me lo demostró hermosamente el Dueño de todas las cosas. El boleto a Camerún y Senegal costó 1,680.00 dólares. Como era demasiado dinero para esos países tan pobres les pedí que no me dieran nada por mi trabajo; sino que simplemente pagaran el costo del boleto.

Así, entre los dos países me dieron 1,700 dólares. Un sacerdote que se enteró del asunto me dijo:

- No es justo eso. Tú has trabajado intensamente por tres semanas y sólo te dan 20 dólares. ¡Menos de un dólar por día!

- No te preocupes -le contesté- El Señor nos da el ciento por uno.

Al regresar a mi parroquia me esperaba un montón de cartas. Una de ellas decía así:

"Hemos pensado enviarte un "regalito" para la evangelización". Al leer la palabra "regalito" me acordé del colmillo de elefante y solté la carta asustado. En eso cayó de la misma un cheque por 2,000 dólares. Exactamente cien veces más que los 20 dólares que me habían dado en África: Yo me reí y le dije a Jesús:

- Se ve que eres un buen judío pues has hecho perfectamente las cuentas al darme el ciento por uno...

Seguimos narrando el contenido de otra carta del P. Emiliano a sus amigos y conocidos.

La Romana, 10 de diciembre de 1982

Muy queridos familiares y amigos:

Espero encontrarlos bien a todos, con buena salud y plenos de la alegría del Señor.

Personalmente les diré que nunca había tenido tan buena salud y estoy feliz de poder ponerla al servicio de la evangelización, salud que el Señor me regresó hace diez años.

Incluso he pensado escribir un pequeño libro de testimonios para contar lo que he visto durante estos diez años de apostolado en la Renovación. No sé si tendré tiempo para hacerlo, pero la idea me

viene frecuentemente. Intentaré escribirlo y podría tener como título "El Espíritu Santo ha hecho de mí un Testigo"

A fines de noviembre regresé de la Polinesia Francesa Este último viaje ha sido uno de los más bellos de mi vida. Nunca había encontrado un pueblo tan simpático y acogedor a la Palabra de Dios. Allá viví un período de evangelización lleno de alegría y bendiciones de todo tipo.

Para darles una pequeña idea del recibimiento de esta gente, bastará decirles que llegué al aeropuerto de Tahití a las dos de la mañana, después de un viaje de 16 horas desde Santo Domingo es decir, el doble de distancia entre Santo Domingo y París . Para mi sorpresa, había por lo menos 500 carismáticos reunidos en el aeropuerto a esa hora para recibirme y lo hicieron con collares de flores, mientras cantaban "Alabaré" con todo el corazón. Me pusieron tantos collares de flores que casi me tapaban los ojos. Necesitaba un cuello de jirafa.

Después de dos días comenzamos el primer retiro para los líderes de la Renovación, que habían venido de diferentes islas de la Polinesia Francesa. En el primer retiro en francés eran 220. Los que llegaron de las islas más lejanas tuvieron que hacer un trayecto de tres días en barco para venir a este retiro de cinco días. Allí pude comprobar su gran espíritu de sacrificio. No es de admirar que hayamos sido bendecidos tan abundantemente. De algún modo volví a vivir en Tahití los acontecimientos de 1975 en Pimentel.

Los primeros misioneros católicos que llegaron a Polinesia Francesa, en Tahití, comenzaron su trabajo en 1834. Este año, con motivo del 150 aniversario de la misión, se preparan con retiros de evangelización por toda la diócesis. Nuestros retiros carismáticos formaban parte de este programa de conjunto.

La generosidad de esta gente se manifiesta en mil formas, nunca había tenido tantos regalos con motivo de un viaje de evangelización. Me regalaron 18 camisas, dos pares de zapatos, un elegante hábito azul, etcétera. Cuando quise salir, todas estas cosas no cabían en mi maleta. Así que la comunidad de católicos chinos me regaló una bonita maleta grande, la más bella que he tenido, para meter mis regalos. Tenía sobrepeso de equipaje de 50 libras y en el avión no me hicieron pagar ni un centavo de más. No olvidaré fácilmente esta gente de Tahití y de las islas donde pasé cerca de un mes de evangelización entre corazones muy abiertos a la Palabra de Dios.

Después de haber predicado en dos islas diferentes y visitado varias comunidades de religiosas, hice una visita a los leprosos con quienes celebré la misa; luego un encuentro con los padres misioneros. La última semana di una conferencia cada noche, más tarde celebraba la misa y oraba por los enfermos en una gran iglesia, donde la asistencia era entre 3,000 y 5,000 personas. En lugar de homilía había testimonios de las personas que habían sido sanadas los días precedentes.

El testimonio que más me impresionó fue el de un hombre que estaba completamente ciego de un ojo, con el otro veía muy poco y dentro de poco tiempo tendría que operarse. Durante la misa por los enfermos, precisamente en el momento de la elevación de la Hostia, vio una gran luz en la iglesia y sus ojos se abrieron. ¡Había sanado!

Si al llegar me coronaron de flores, al despedirme me llenaron de collares de conchitas. Cuando caminaba en el avión con tanta conchita hacia tal ruido que la gente se reía. He compartido estos regalos con mi gente de la parroquia y es curioso encontrar en esta isla del Caribe a gente con collares o camisas de la Polinesia.

El P. Emiliano Tardif sigue mandando cartas donde narra los testimonios de las personas que Jesús sana.

La Romana, 1° de diciembre de 1981

El domingo pasado, fiesta de Cristo Rey, celebramos en Santo Domingo nuestro Segundo Congreso Carismático Nacional... 42,000 personas representando 1,500 grupos de oración de la República Dominicana llenaron el Estadio Olímpico de la capital el 22 de noviembre en una gran manifestación de fe en honor de Cristo Rey.

El tema del Congreso era "JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO". Fue extraordinario. De las 9 de la mañana a las 6 de la tarde, bajo un cielo azul, en una atmósfera de fiesta, cantamos, oramos, escuchamos las conferencias y saboreamos el amor de Dios nuestro Padre.

A las once de la mañana me tocó el tema "JESÚS ESTÁ VIVO" y enseguida, con el equipo, dirigí una oración de curación para todos los enfermos que habían venido en gran número de todo el país. El Señor nos bendijo de una manera muy particular. A las dos y media de la tarde, hora de los testimonios, hubo muchos.

Entre otros, el de un hombre que había venido al Congreso con gran dificultad y recibió una curación completa durante la oración por los enfermos. Debido a un problema del corazón, estaba paralizado del lado izquierdo del cuerpo y no podía caminar sin muletas. A las dos y media de la tarde subió a la tribuna caminando solo, sin muletas y con

la voz sollozante agradecía al Señor que acababa de sanarlo. El día de nuestro Congreso Carismático Nacional, nuestro nuevo Arzobispo, Monseñor Nicolás de Jesús López, dio una soberbia conferencia sobre la Renovación Carismática en el mundo de hoy. Los pocos sacerdotes que luchaban todavía ferozmente contra la Renovación en la arquidiócesis parecen incomodarse con esta posición tan firme y tan franca de nuestro nuevo Arzobispo. ¡Gloria al Señor!

Tengo ahora la gran alegría de anunciarles que ya no soy párroco de Sánchez. En verdad no alcanzaba a ser párroco y dar retiros por todas partes. Fui liberado del curato de Sánchez en abril pasado y ahora soy predicador de tiempo completo con residencia en nuestra parroquia de La Romana, donde el padre Andrés Dumas es el párroco.

El padre Andrés estaba solo en esta gran parroquia de 30,000 habitantes. Al regresar de mis viajes le ayudo un poco y esto me beneficia, pues es conveniente mezclar el trabajo parroquial con los retiros.

En este año he sido testigo de Cristo resucitado en los cinco continentes.

Después de las conferencias ecuménicas en Suiza fui a Lisieux, Marsella y Para le Monial. Luego regresé otra vez a la República Dominicana para ir al retiro sacerdotal en La Ceja, Colombia. Finalmente, al retiro en Monterrey, México, donde me sucedió un curioso incidente.

Vencido mi pasaporte, lo envié a la embajada Canadiense en Caracas, Venezuela, para refrendarlo. Se acercaba el día de mi salida a México y el pasaporte no regresaba. La víspera llamé telefónicamente a Caracas y me respondieron que ellos ya me lo habían enviado. Nada podíamos hacer, sino esperar pacientemente la cuenta regresiva.

Por la tarde me llamaron por teléfono de Monterrey, preguntándome vuelo y hora de nuestra llegada. Yo les contesté que iría el equipo pero que yo me quedaría, por la simple razón de no tener pasaporte.

Ellos se quedaron consternados pues ya tenían todo listo para recibir 14,000 personas. Me prometieron pasar la noche en oración, confiando en el Señor.

Al día siguiente salí del aeropuerto dominicano sin pasaporte. Hablé con el jefe de migración afirmándole que un canadiense podía entrar a Estados Unidos con la licencia de automovilista (el avión hacia escala en Miami antes de llegar a México). El me contestó:

- Si la compañía Eastern corre el riesgo de transportarlo, yo lo dejo salir.

Hablé con el empleado de Eastern Airlines y me dijo:

- Si migración corre con los riesgos, nosotros lo transportamos. Yo entonces oré de esta forma:

- Señor, Tú tendrás que correr con todos los riesgos... y tomé el avión a Miami.

Al llegar a Miami todo mundo mostraba su pasaporte, visa y carta de turista. Yo, simplemente presenté mi licencia de manejar. El vista, extrañado, me preguntó:

- ¿Y qué es eso?

- Mi licencia... es todo lo que tengo. Un canadiense puede entrar a Estados Unidos con su licencia de manejar.

El se apiadó de mí y me dejó pasar.

Al conectar para México el oficial de migración sí sabía de leyes y me aclaró enojado:

- Usted no puede ir a México ni a ninguna parte con eso... ni siquiera puede estar en Miami sin papeles. Eso no sirve para nada... Cualquier persona puede conseguir licencia en Canadá y eso no significa que es canadiense. Es con la "tarjeta de nacionalidad" con la que se entra a Estados Unidos, no con una simple licencia. En México jamás lo dejarán entrar... lo van a devolver.

Yo me había equivocado: había confundido "tarjeta de nacionalidad" con licencia para manejar. Gracias a Dios pude salir, pero al llegar a México se presentaba otro problema no menos grave. Mi oración fue:

- Señor tápale los ojos a este señor para que no vea lo que me falta.

El vista estaba tomando café, distraído y hablando con su compañero... ni se fijó lo que le entregué. Solamente me selló y entré al país.

El Señor que le tapó los ojos al empleado de migración, en el retiro de abrió los ojos a una señora ciega desde hacía cinco años. Jesús es el amo de lo imposible.

Después del retiro en Monterrey, celebramos una misa por los enfermos en un santuario al aire libre, con el altar al centro y seis mil personas mojándose por una lluvia continua. Después de la comunión el Señor curó a un hombre que había perdido el uso de la palabra desde hacía algunos años 3 consecuencia de una congestión cerebral. El Señor soltó su lengua y él gritaba: "Gloria a Dios, gloria a Dios".

Hubo gran admiración entre quienes lo conocían y lo llevaron al micrófono para testimoniar. En ese momento, dos cojos se levantaron y comenzaron a caminar. Uno de ellos vino a dar su testimonio ante toda la asamblea mientras su párroco lloraba. Muchos sacerdotes que concelebraban con nosotros se dejaron llevar por la emoción y lloraban... Yo reía y gritaba "¡Jesús está vivo, ustedes lo están viendo!"

Este es un resumen de algunas de mis actividades del año. Van ustedes a decirme que sólo les hablo de retiros. Es que allí está mi corazón y mi vocación: predicar por doquier el amor y la misericordia del corazón de Jesús.

También en Yugoslavia estuvo preso por predicar la Palabra de Dios el P.

Emiliano, esto nos dijo:

25 de octubre de 1983

Queridos familiares y amigos:

Acabo de llegar de Yugoslavia y tengo un gran deseo de saludarlos a todos, esperando que tengan la paz y la alegría del Señor.

Creo que no tengo el derecho de callar después de haber visto lo que vi en este largo viaje de evangelización que comenzó el 18 de agosto y terminó el 15 de octubre, día de Santa Teresa de Ávila.

El 18 de agosto salí a Francia, para participar en el encuentro de comunidades carismáticas francesas en Ars, donde se reunieron más de 4,000 personas durante una semana de oración, de reflexión y de estudio en la alegría del Señor. Un precioso encuentro, de gran belleza y lleno de bendiciones de todo tipo.

De allí, salí para Yugoslavia. Mis compañeros de viaje eran Abad Pierre Rancourt de Quebec y el doctor Philippi Madre, diácono, que es el pastor de la comunidad carismática León de Judá, en Francia.

Según testimonios y frutos que tienen todos los visos de autenticidad, la Virgen se está apareciendo en Medugorie, Yugoslavia, dejando un mensaje de paz, oración y penitencia. Lo cierto es que la parroquia del Padre Tomislav Vlasik se ha convertido en centro de fe y de peregrinación donde existen muchas conversiones.

Nosotros llegamos a Medugori antes de la misa de siete del martes. El padre Tomislav nos invitó a concelebrar con él.

Más de tres mil personas estaban reunidas para la Eucaristía. Unos doce sacerdotes, sentados en sillas afuera, confesaban largas filas de penitentes. Era una noche ordinaria.

Se dice que los sábados y domingos por la noche la asistencia llega hasta siete y ocho mil personas, y así es desde hace dos años.

Al finalizar la misa el padre Tomislav me dijo:

- Aunque el retiro no comienza hoy, hay aquí numerosos peregrinos enfermos.

¿Quisieras dirigir una oración por ellos después de la misa?

Acepté gustoso y un sacerdote traducía mi oración al croata. El Señor comenzó desde esa primera noche a curar enfermos que dieron su testimonio al final.

Al día siguiente había por lo menos unas 8,000 personas. La noticia de los curados la noche anterior corrió rápidamente. Esto comenzaba a intrigar a los guardias de Seguridad Nacional. Nosotros oramos, el Señor sanó y la gente daba su testimonio. La noche del jueves había ya 14,000 personas, mientras nosotros estábamos en la cárcel...

He aquí lo que sucedió. Por la mañana, habíamos dado enseñanza al grupo de jóvenes y orado por la efusión del Espíritu antes de ir a comer. Todos fueron bendecidos por el Señor.

Algunos recibieron el don de lenguas y había mucha paz y alegría en la asamblea.

Nosotros regresamos para comer.

Al final de la comida llegaron tres agentes de la Seguridad Nacional, dándonos la orden de seguirlos con nuestros pasaportes para un interrogatorio. Estábamos detenidos.

Fuimos conducidos a Citluk, ciudad localizada a siete kilómetros de distancia. Nos llevaron ante un tribunal que nos acusaba de haber turbado la paz de Yugoslavia y de haber predicado sin autorización del gobierno. Nos encerraron a los tres en un pequeño salón, hasta nueva orden. Me sentí contento de no haber ido solo a Yugoslavia. La prisión se soporta mejor entre tres. Fue una tarde de expectativa. Las horas pasaban sin saber lo que nos esperaba. A eso de las cinco, como hacía mucho calor, pedimos un vaso de agua.

Nos respondieron que no había vasos. La víspera habíamos ayunado a pan y agua por la paz del mundo, tal y como lo hacen los padres, las religiosas y el grupo de oración de todos los miércoles. Yo tenía prisa porque llegara el jueves, y llegó, pero nos trajo la prisión donde no había ni pan ni agua.

A eso de las 6:15, hora del rosario en la iglesia, nos unimos a ellos rezando nuestro rosario en prisión y terminamos cantando el Salve Regina. Un policía entró furioso dándonos la orden de callar. Yo no

sabía que estaba prohibido cantar a los presos. Creo que les impresionó nuestra alegría y paz.

En la pared había una fotografía del mariscal Tito. Entonces le dije a Pierre Rancourt: "Tomaré una foto porque quiero tener un recuerdo de mi prisión en Yugoslavia". Yo sonreía y con la mano señalaba a Tito diciendo: "él es el culpable". Al accionarse el flash vinieron inmediatamente los policías y se enojaron. Me pidieron la cámara y yo temblaba como un niño travieso. Abrí la tapa de tal modo que se veló el rollo, salvándome de una situación comprometedora.

Luego de inspeccionar nuestras maletas nos dieron 24 horas para abandonar el país o nos volvían a poner presos.

Al día siguiente por la mañana, después de haber saludado a los padres y religiosas que fueron muy amables con nosotros y estaban muy contritos por vernos expulsados de esa manera, salimos en un taxi a Zadar distante 350 kilómetros.

Dos americanos que estaban allí como peregrinos, nos dieron 150 dólares para ayudarnos a pagar el taxi. En Zadar, ciudad turística al borde del mar Adriático, nos embarcamos a las nueve de la noche para llegar a Remini, Italia, a las seis de la mañana.

Allí tomamos el tren a Milán y por la tarde el avión nos llevó a Paris a donde llegamos para comer. Dos días duramos para regresar a Yugoslavia, porque no había manera de ese mismo día tomar avión. El Evangelio tiene razón cuando nos promete el ciento por uno y además persecuciones por el nombre de Cristo Jesús.

En una próxima carta les contaré mis aventuras en el Congo, donde celebramos el Centenario de la Evangelización.

¡Los bendigo a todos!

El pasado mes de mayo el Movimiento Testimonio y Esperanza, grupo juvenil apostólico que se reúne en Las Monjas los sábados, organizó la "Primera Peregrinación Juvenil Mariana".

La cita fue a las 16:30 en el Santuario de Guadalupe y 15 minutos después la coordinadora dio la bienvenida y en un ambiente de oración dio inicio la peregrinación que fue juvenil; pero de jóvenes de corazón, pues también asistieron personas mayores y niños.

Muchas veces se piensa que las personas que organizan estas actividades son viejitas calienta bancas y que asisten los niños que son acarreados por sus mamás, pero en esta peregrinación se vio el alegre espíritu juvenil cristiano; pues aunque la lluvia acompañó a los peregrinos todo el camino, no decayó el ánimo a pesar de que fue el

último partido del Morelia. A este evento asistieron más de 400 personas.

En el trayecto la peregrinación se detuvo por unos momentos varias veces para representar los misterios gozosos, los personajes fueron jóvenes y niños.

Entre misterio y misterio todos los asistentes participaron con cantos; especialmente los coros de los grupos juveniles de San Diego, el Grupo Escoge,

"Jornadas", "Shema" y "Baj". Potencia Juvenil Cristiana y Pastoral Scout no se quedaron atrás con sus porras a la Virgen y todos juntos oramos con el rezo del santo Rosario.

La peregrinación terminó en Catedral con las últimas oraciones y la coronación de la Santísima Virgen María.

La devoción y alegría mostradas en esta peregrinación de jóvenes católicos es digna de repetirse, por lo que la Virgen María y el Movimiento Testimonio y Esperanza te invitan a la II Peregrinación Juvenil Mariana en mayo del 98.

El viernes pasado en la oración por los enfermos de las 12:00 en el Templo del Señor de la Misericordia en La Colina, aquí en Morelia, Jesús que está vivo transformó el dolor en salud, la tristeza en gozo. A una hermana que tenía serios dolores en su espalda y no podía hacer sus actividades normales es Señor le regresó su movilidad y sus dolores ya no los tiene. A otra hermana que perdió a su hija en forma muy dolorosa hace unas semanas, Jesús le regresó la paz a su corazón y salió de la iglesia con una profunda paz interior y daba gloria a Dios por haber tenido un encuentro vivo con Jesús.

Proclamar la Palabra de Dios nos puede llevar hasta la cárcel, eso fue lo que le pasó de nueva cuenta al P. Emiliano Tardif en África.

15 de noviembre de 1983

Querida familia y amigos:

Continuando mi carta anterior les comento ahora mi viaje al África y algunos de los prodigios que allí vieron mis ojos.

El 19 de septiembre en la noche, salí de París al África, donde primeramente predicaría durante 15 días en el Congo y luego 5 días en Zaire. (ex Congo Belga) El día 20 por la mañana llegué a Kinshasa, capital de Zaire. Fui muy bien recibido por los padres jesuitas, en particular por el padre Guy Verhaegen S.J., quien es el asesor de la Renovación en Kinshasa y me había invitado a dar el retiro a los líderes de la Renovación. Descansé un poco del viaje de 8 horas en avión y en seguida me dirigí a la embajada del Congo en Kinshasa

para solicitar mi visa para el Congo. Al día siguiente, con mi visa en la mano, crucé en barco de Kinshasa a Brazzaville, capital del Congo. Un viaje de apenas 10 minutos en barco.

Llegué pues, al Congo, y de inmediato fui a Linzolo, lugar de peregrinación a la Virgen, a unos 20 kilómetros de Brazzaville. Allí se iba a celebrar el primer retiro. Una multitud de más de 3,000 personas esperaban al aire libre el retiro de cuatro días.

Después de saludar al padre Ernesto Kombo, S.J., organizador del retiro, comenzamos de inmediato la primera conferencia sobre "La Fe en la Palabra de Dios".

¡Qué espectáculo ver esos miles de retirantes sentados en el piso, sobre esteras o banquitos, atentos a la Palabra de Dios! Era en verdad una gran misión popular en este Centenario de la Evangelización y al mismo tiempo el Décimo aniversario de la Renovación Carismática en el Congo.

Yo daba dos conferencias por la mañana, una por la tarde y en seguida celebraba la Eucaristía, con homilía y oración por los enfermos después de cada Eucaristía. Por la noche hacíamos una gran reunión de oración carismática con todas las manifestaciones del Espíritu que el Señor quería darnos. Un día tuvimos adoración del Santísimo Sacramento expuesto en el altar, al aire libre, frente a la gruta. Desde las nueve de la noche hasta media noche, oración espontánea, cantos y predicación. En el Congo encontré una fe intensa y profunda, una fe como raramente he encontrado en mis viajes de evangelización por el mundo.

Imagínense la fe que se necesita para ser capaz de permanecer durante cuatro días de retiro, a mediados de semana, sin hotel para dormir; donde cada quien se organizaba como podía, durmiendo al aire libre, extendiéndose sobre esteras y comiendo lo que llevaban en su pequeño morral. Dios, que no se deja vencer en generosidad, hizo brillar su gloria en esta ocasión tan especial.

El gobierno del Congo está en manos de marxistas desde hace años. Después de la independencia del país intentó instalarse una democracia, pero rápidamente cayó el gobierno y el comunismo tomó el poder. En 1977, el presidente Ngouabi, comunista, fue asesinado y sustituido por otro presidente comunista. Cuatro días más tarde unos policías se presentaron en la residencia del Cardenal Emile Blayenda de Brazzaville, ordenándole los siguiera para una entrevista con la autoridad. Nunca más el pueblo pudo volver a ver a su Cardenal que

era un pastor de almas con cualidades extraordinarias, según decir del clero entero.

Hace un par de años el Papa Juan Pablo II visitó el Zaire y en Brazzaville celebró la Eucaristía al aire libre, con la alegría delirante del pueblo. Se dice que desde entonces el gobierno, dirigido por el coronel Denis Sassou, parece haber mejorado las relaciones con la Iglesia, sobre todo en este año del Centenario de la Evangelización.

Fue pues en estas circunstancias a donde llegué a predicar quince días de retiros populares, invitado por el actual Arzobispo de Brazzaville.

En ningún país en el mundo he visto tantas curaciones como en el Congo durante estos retiros del Centenario. El único país con que podría comparar el Congo, desde el punto de vista de las señales que acompañaron la evangelización, sería la Polinesia Francesa donde prediqué tres semanas de retiro el año pasado. También era su aniversario de evangelización. Pero las señales fueron todavía más fuertes y más sorprendentes en el Congo.

Leemos en Isaías:

Los sordos escucharán las palabras del libro liberados a la sombra de la tiniebla, los ojos de los ciegos verán, los pobres se alegrarán en Yahvéh y los hombres más pobres se regocijarán a causa del Santo de Israel. Is 29, 18-29.

Más adelante afirma:

Que el desierto y el sequedad se alegren regocijense la estepa y florezca como flor.

Se verá la gloria de Yahvéh, el esplendor de nuestro Dios. Fortalézcanse las manos débiles afiáncense las rodillas vacilantes. Digan a los de corazón decaído. ¡Ánimo, no teman! Se despejarán los ojos de los ciegos y las orejas de los sordos se abrirán.

Entonces saltará el cojo como ciervo y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo. Is 35, 1-6.

En pocos días fuimos testigos de estas señales entre "los más pobres de los hombres". El Señor acompañó con toda clase de señales y prodigios su Palabra de salvación. El Evangelio es verdadero y eficaz el día de hoy, si le creemos al Señor.

Desde la primera noche del retiro en Linzolo, después de la oración por los enfermos, una palabra del Señor me llegaba fuertemente al corazón: "Hay aquí un hombre que sufre mucho en su pierna derecha. El es cojo y tiene dificultad para mantenerse sobre su pierna. En este momento siente un fuerte temblor y un gran calor en

esa pierna. El Señor lo está sanando. Tú que sientes esta curación, ten confianza. En el nombre de Jesús, levántate y anda.

Hubo un largo momento de silencio en la asamblea. Nadie se movía. Como no todo mundo entendía el francés, había que traducir en el dialecto de la región lo que hizo inmediatamente el Padre Ernesto Kombo, que me acompañaba a todas partes. En ese momento un hombre de 28 años se levantó y saltó como un ciervo. El tenía el pie envuelto, era cojo, sufría desde hacía mucho tiempo un dolor en la pierna derecha que no le permitía trabajar. Para confirmar todo, apareció entre el público con el pie derecho envuelto en una venda y ya no cojeó jamás.

La multitud aplaudía: y todos alababan al Señor... Todos "veían la gloria de Yahvéh" estallar ante sus ojos por la lluvia de bendiciones y curaciones que el Señor dejaba caer en esas tierras tan azotadas por la sequía.

El día siguiente tuvimos numerosos testimonios. Un ciego recuperó la vista y daba testimonio público agradeciendo al Señor. Pero nuestra mayor admiración fue el segundo día, cuando una niña de diez años, sordomuda de nacimiento, fue sanada "Las orejas de los sordos se abrirán. . . La lengua de los mudos gritará su alegría". Esta niña, sorda de nacimiento, se espantó de tal manera que al escuchar los cantos al final de la misa que se puso a gritar de pánico, tapándose las orejas con los dedos y se retiró lejos. Poco a poco se calmó y al día siguiente en la mañana, radiante de alegría, fue al presbiterio con su mamá y nos probaba que estaba de verdad curada. Le decíamos una palabra en francés y la repetía con claridad. Ella se fascinaba por poder repetir lo que decíamos, como un niño que aprende a decir papá y mamá. Esta curación causó gran admiración y la noticia se corrió hasta la capital.

Muchos otros testimonios nos llegaron después de la Eucaristía de cada tarde. La multitud crecía de tal manera que al finalizar el retiro había por lo menos cinco mil personas, en el piso, ante la gruta de la Inmaculada, escuchando la Palabra de Dios. Recuerdo imborrable me ha dejado este primer retiro de Linzolo.

Pero esto era sólo el principio. El domingo, era la misa por los enfermos en la Catedral. Tuvimos que celebrar al aire libre porque la asistencia rebasaba las dos mil personas. En esta misa el Señor quiso dar una señal muy clara de que su Palabra es verdad, como lo hizo cuando dijo al paralítico del Evangelio: Para que los hombres sepan

que el Hijo del hombre tiene el poder de perdonar los pecados, levántate, toma tu camilla y anda: Lc 5,24.

Después de la oración por los enfermos, un hombre que padecía hemiplejía desde hacía ocho años y no podía desplazarse solo, sintió que el Señor lo curaba. Una palabra de ciencia lo invitaba a levantarse. Con la admiración de la muchedumbre, se levantó y camino solo hasta el altar. Allí, al micrófono, agradecía al Señor con sollozos y algunas palabras. ¡Estaba curado!

Los dos días siguientes sería el retiro para sacerdotes y religiosas en Brazzaville. Se habían programado dos Eucaristías en dos iglesias diferentes a las que estaban invitados todos los enfermos. La primera, se celebró afuera de la iglesia de San Pedro, con algunos miles de personas que llenaban el terreno. Yo prediqué sobre "La Eucaristía Sacramento de Curación" y el Señor vino a confirmar su presencia real en la Hostia consagrada curando a dos parálíticos: una mujer de unos 35 años que había sido llevada en una camilla. Ella yacía parálitica en la cama desde hacía dos años y medio. El Señor la levantó después de la comunión. Le ayudé dándole la mano y pudo llegar hasta el altar, subiendo con dificultad los tres escalones del podium. Allí, loca de alegría, se puso a bailar ante la multitud. Era el delirio de la asamblea. En ese momento, un hombre parálítico que había sido llevado en brazos por su familia, también se levantó y caminó solo, tranquilamente, avanzando hasta el altar. Las curaciones de todo tipo se multiplicaban, Jesús volvía a decir a su pueblo: Fortalézcanse las manos débiles y afiáncense las rodillas vacilantes. Digan a los de corazón decaído. "No teman. He aquí a su Dios".

El martes ya no podíamos celebrar la misa dentro de una iglesia. Tuvimos que ir al estadio de la parroquia Santa Ana donde cabían quince mil personas. A las tres de la tarde el estadio estaba lleno a reventar, y había más gente afuera que adentro, fue necesario cerrar las puertas. La Eucaristía fue concelebrada por el Arzobispo y varios sacerdotes. Prediqué sobre las señales que Jesús anunció a los discípulos de Juan Bautista cuando le preguntaron:

¿Eres tú el Mesías o debemos esperar otro? Jesús les respondió. Vayan y digan a Juan lo que han visto y oído. Los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos son curados y los sordos oyen... y la Buena Nueva es anunciada a los pobres.... Lc 7, 18-23.

Después de la oración por los enfermos, muchas personas fueron tocadas por el poder del Espíritu... Al día siguiente fueron numerosos los testimonios. El que más nos sorprendió fue el de un niño

sordomudo de nacimiento que fue curado en el estadio. Su padre, profesor en el colegio de Brazzaville, organizó una fiesta con sus amigos esa noche para agradecer a Dios el milagro. Al día siguiente, él, inscrito en el partido comunista, fue a la Oficina Central a entregar su carnet del partido diciendo: "Ya no necesito esto. Dios existe. El curó a mi hijo".

Fue en ese momento en que las reacciones comenzaron a manifestarse en las filas del Gobierno. Los agentes de la Seguridad nacional estaban en verdad intrigados por lo que pasaba. Una noche vino un miembro del gobierno, como Nicodemo, a advertirnos en secreto que había un gran malestar en el Gobierno comunista; los agentes de la Seguridad Nacional comenzaban a rezongar. Nos dijo: "Prepárense porque Lenin está en peligro".

Nosotros reímos de buena gana. Al día siguiente regresó otra vez a decirnos: "Cada vez hay más murmuraciones entre los miembros del partido comunista... Marx se está muriendo..."

En todas nuestras predicaciones teníamos espías del gobierno que nos pisaban los talones.

Al día siguiente por la mañana, salimos en un pequeño avión a predicar a Punta Negra, a 700 kilómetros de Brazzaville y Louteté, que nos quedaba de camino.

En los diez años que tengo trabajando en este ministerio de curación nunca había visto tantas bendiciones derramadas sobre una multitud durante la celebración de una Eucaristía, como en la primera misa de Punta Negra por los enfermos: los cojos caminaban, los sordos comenzaban a oír, los mudos gritaban y los ciegos recuperaban la vista.

Quisimos consignar por escrito los testimonios para escuchar los mejores durante el retiro. ¡Las curaciones de la primera misa eran más de cien! ¡Era realmente el gran regalo del Centenario por parte de Dios rico en misericordia! Los pobres se regocijaban a causa del Santo de Israel.

El testimonio que causó mayor impacto fue el de un pastor protestante que tenía parálisis desde hacía algunos años, después de haber sufrido hemiplejía. Precisamente antes de la misa lo habían sacado de un taxi y lo habían trasladado en un sillón. Dios, que es un Padre de verdad y quiere unir a sus hijos en el amor, sanó a este pastor protestante durante la celebración de la Eucaristía. ¡Eso es verdadero ecumenismo a la manera de Dios!

Al día siguiente, a la hora de los testimonios, este hombre se levantó solo de su silla, se dirigió tranquilamente al micrófono sin ayuda de nadie y allí, con sollozos en la garganta y las manos levantadas al cielo, agradecía al Señor. ¡Ustedes comprenderán la alegría que teníamos en el corazón! "Fortalézcanse las manos débiles".

El trabajo había sido extenuante pero lleno de alegría. Los signos y prodigios de Jesús habían echado por tierra la teoría marxista sobre la muerte de Dios. Ya sólo nos quedaba la misa de clausura en el estadio donde había cupo para 40,000 personas.

Yo estaba cansado y dije al padre Kombo:

- Mañana me levantaré tarde.

Todavía no me acostaba cuando recibí la poca grata visita de tres agentes de Seguridad Nacional que venían a buscarme, pero no precisamente para que orara por ellos.

Me ordenaron seguirlos para un interrogatorio. Yo me dije: "No me digan que voy a tener otra vez la misma historia que en Yugoslavia". Los padres jesuitas no permitieron que saliera solo con los policías esa noche, recordando que en 1977 el Cardenal había salido solo con ellos y había sido eliminado. Así me acompañaron a la oficina de policía.

Allí con los padres Martín y Kombo, supe que estaba prisionero. Me acusaban de haber entrado ilegalmente al país. En mi visa, supuestamente, faltaba un sello. Como no lo tenía, concluyeron con su lógica comunista que había entrado al Congo de noche, en chalupa o nadando.

Yo estaba cansado y dije al padre Kombo:

- Mañana me levantaré tarde.

Todavía no me acostaba cuando recibí la poca grata visita de tres agentes de Seguridad Nacional que venían a buscarme, pero no precisamente para que orara por ellos.

Me ordenaron seguirlos para un interrogatorio. Yo me dije: "No me digan que voy a tener otra vez la misma historia que en Yugoslavia". Los padres jesuitas no permitieron que saliera solo con los policías esa noche, recordando que en 1977 el Cardenal había salido solo con ellos y había sido eliminado. Así me acompañaron a la oficina de policía.

Allí con los padres Martín y Kombo, supe que estaba prisionero. Me acusaban de haber entrado ilegalmente al país. En mi visa, supuestamente, faltaba un sello. Como no lo tenía, concluyeron con su

lógica comunista que había entrado al Congo de noche, en chalupa o nadando.

Hubo largos interrogatorios donde intentaron que me contradijera. Yo vi claramente que el motivo de mi detención era el mismo que en Yugoslavia: lo que yo predicaba y las señales que el Señor nos daba para acompañar su Palabra, contradecían las enseñanzas del gobierno marxista, aunque yo nunca hablara de política en mis conferencias. Yo me reía pensando cómo Jesús al que ellos consideraban que estaba muerto, les causaba tanto miedo y desasosiego. Tomaban tantas precauciones que daban la idea de que creían en su resurrección.

En el interrogatorio que me hicieron durante las dos horas y media, llegaron incluso a preguntarme si acostumbraba decir mentiras. También me preguntaron si el Vaticano estaba de acuerdo con mi ministerio. ¡Un gobierno marxista velando la integridad de nuestro ministerio!

Luego vino el interrogatorio al padre Kombo y al padre Martín. Mientras interrogaban a los otros jesuitas yo estaba con el padre Kombo contándole ciertos chistes y aventuras de mi ministerio. El padre reía de buena gana y yo estaba feliz. Nuestros vigilantes se enojaron de vernos tan contentos y entonces nos separaron a cada uno en un rincón. Parecíamos niños de escuela castigados. Esto nos hacía reír aún más pues no sabíamos que estaba prohibido estar alegres en la cárcel.

Pasada la media noche, siendo devorados por los mosquitos, hice algo que nunca había tenido la oportunidad de realizar con tanta sinceridad. El Evangelio nos pide orar por aquellos que nos persiguen y nos calumnian. Así, en prisión, recé cinco rosarios por los agentes de seguridad. A las cinco de la mañana volví a casa de los jesuitas, con residencia vigilada y sin pasaporte. Toda aparición pública me estaba prohibida. Me advirtieron que el lunes por la tarde me harían otro interrogatorio.

Ya de regreso, en casa de los jesuitas, me acosté e intenté dormir. A eso de las tres de la tarde me levanté bien descansado. En ese preciso momento el Señor puso un mensaje en mi corazón que me iluminó. Esta palabra resonaba claramente en mí como una profecía:

- ¿Después de haber saboreado la embriaguez del Domingo de Ramos, no crees que es normal probar un poco de la Semana Santa...?

Yo respondí:

- Muy bien, Señor... con tal que no hayamos llegado al Viernes Santo...

Todo era sencillamente una treta para detener las manifestaciones de fe previstas para el lunes en la tarde y el martes en el estadio. Estaban cansados de las señales que volvían a probar al pueblo del Congo que el Evangelio es verdad, que Jesús es el Mesías y que no hay que esperar ningún otro salvador. Sólo Jesús salva.

Durante esa noche de interrogatorios, ante un tribunal de cinco agentes de Seguridad, comprendí mucho mejor la malicia de Satanás y la estupidez de los hombres que se dejan engañar por falsas ideologías.

Esa noche regresaron a buscarme para otro interrogatorio de tres horas. El martes en la tarde, el pueblo que creía poder celebrar la misa de acción de gracias y de curación en el estadio de la revolución, llegó por miles. Había incluso gente de Camerún y del Zaire. Cuando supieron que estaba prisionero, hubo muchas murmuraciones en el pueblo.

Por fin, el martes por la tarde, fue el último interrogatorio que duró desde las siete y media hasta las once de la noche. Me dijeron que recibiría mi pasaporte al día siguiente por la mañana. El Arzobispo fue a visitarme varias veces. Se sentía muy humillado con esta historia. El miércoles 12 de octubre, a las diez, me daban mi libertad. Tomamos juntos la última comida y a la una de la tarde me embarqué para cruzar de nuevo al Zaire y llegar a país libre. ¡Viva la libertad!

En el Zaire tenía un retiro de tres días con líderes de la Renovación. Antes del retiro, fui a saludar al Cardenal Malula de Kinshasa, en compañía del padre Guy. El Cardenal se mostró muy amable y atento. Brevemente le conté lo que el Señor había hecho en el Congo. Cuando le hablé de la curación de dos sordomudos, cinco paralíticos, dos ciegos y muchos otros enfermos, él me escuchaba con los ojos cuadrados.

Admiradísimo, me pregunto:

- Pero, padre, ¿cómo explica usted todo esto?

Yo le contesté:

- Es que el Evangelio es verdad.

El me respondió inmediatamente:

- Usted va a celebrar una Eucaristía pública por nuestros enfermos de Kinshasa.

Voy a solicitar el Palacio del Pueblo para que haya espacio para todos. El domingo por la tarde, terminando el retiro para los líderes,

celebraremos la Eucaristía para nuestros enfermos. Voy a hacer que se invite a todas las iglesias de la ciudad.

Tal como se programó, el domingo por la tarde, en la explanada del Palacio del Pueblo -la misma donde el Papa había celebrado la Eucaristía- el Cardenal y otros sacerdotes celebramos la misa para el pueblo del Zaire ante diez mil personas. Este inmenso Palacio del Pueblo, de gran elegancia, con un estacionamiento para mil autos, fue construido por Mao Tse Tung para atraer al pueblo el marxismo. La gran explanada exterior, hasta la fecha, ha servido sólo en dos ocasiones: para la misa del Papa y la nuestra. Hasta los enemigos del Evangelio doblan la rodilla delante del Señor Jesús.

En la homilía conté lo que he visto desde hace diez años en la Renovación por los cinco Continentes y sobre todo lo que acabo de vivir en el Congo. El Señor los bendijo mucho. De tal modo que nos pidieron otra Eucaristía para los enfermos el lunes por la tarde, en el mismo lugar. Esta vez la multitud rebasaba en mucho las treinta mil personas.

Yo recordé la profecía que el Señor nos había dado en Pimentel, cuando le preguntábamos por qué nos enviaba tanta gente: "Evangelicen a mi pueblo. Quiero un pueblo de alabanza."

En esta segunda misa hubo bellos testimonios de personas que habían sido curadas el domingo por la tarde y la gloria de Dios seguía brillando. Justamente al final, a eso de las siete de la noche, el Cardenal dio su bendición y la lluvia comenzó a caer. Desde hacía largos meses no llovía en el Zaire y las gentes fueron cantando, viendo en esta lluvia otra bendición. "El desierto y el sequedad se alegren, regocíjese la estepa y florezca como flor"

Esta carta, un poco larga, les da una idea del librito que estoy preparando para contarles lo que he visto y oído desde el día de mi curación, hace diez años. Con mi curación recibí la gracia de descubrir como nunca el poder de la oración y la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia de hoy. ¡Doy gracias al Señor por poder vivir con todos ustedes este nuevo Pentecostés!

Los bendigo de todo corazón. ¡Unión de oración, siempre!

EL ÚLTIMO VIAJE

Quiero terminar estas líneas con un curioso incidente: después de una serie de retiros en la Polinesia por quince días, me tiré en el asiento del avión para descansar.

Mientras el avión se elevaba por encima de las nubes y tenía la impresión de casi tocar el cielo, comencé a escuchar un cassette de John Littleton que cantaba "no se han terminado; tus viajes no se han terminado"

Estas palabras me llegaron al corazón como una profecía y dije en voz alta:

"AMEN". La persona que estaba sentada junto a mí leyendo un periódico me miró por arriba de sus lentes pensando que yo era un loco que hablaba solo...

Ciertamente mi viaje ha comenzado hace cincuenta y cinco años cuando vine a este mundo por un acto del infinito amor eterno de Dios. Ahora ya he emprendido el retorno a la Patria definitiva, la Jerusalén celestial, donde no hay luto ni llanto, enfermedad ni muerte. Cada día estoy más cerca de la Casa siempre abierta donde el buen Jesús fue a prepararme un lugar entre todos los santos.

Sueño con el amanecer en que llegaré de las puertas de cuarzo y las murallas asentadas en jaspe. Ya me veo caminando por las calles de oro a la ribera del mar de cristal de la Nueva Jerusalén; adornada con rojos rubíes, verdes esmeraldas y topacios amarillos. Me bañaré en el agua de vida, brillante como la plata, que brota del trono del Cordero, al lado de los árboles que retoñan y dan frutos medicinales doce veces por año.

El viaje se ha iniciado y no tiene regreso. Como la cierva anhela las corrientes de agua viva, así mi carne languidece y mi corazón grita de alegría a causa de Dios vivo. Un remolino centrípeto me atrae más aceleradamente a la Jerusalén de arriba. Sólo por una razón quisiera que se alargara mi viaje: por el embriagante vértigo que me hace esperar lo que espero.

En un abrir y cerrar de ojos, al toque de la trompeta, le conoceré cara a cara; me poseerá y lo poseeré junto a las murallas de la Santa Sión.

Grabada con la sangre de Cristo, me ha llegado una invitación personal para participar en las Bodas de el Cordero. La novia ha sido engalanada con dones y carismas, embellecida con una diadema de estrellas y sol. Su vestido está esmaltado de virtud y sus ojos brillan con el fulgor de su Amado.

En estos últimos años he sido testigo de las obras, del amor y la misericordia de nuestro Dios. Si El es tan grande en sus obras ¿cómo será El mismo? Si tan luminoso son los rayos de su misericordia ¿cómo será en la visión que no engaña?

Por eso, mientras vuelo en avión o monto en burro, siempre voy cantando: Que alegría cuando me dijeron. "Vamos a la Casa del Señor."

Ya se posan mis pies en tus umbrales, Jerusalén.

Mi Señor y mi Dios, quiero dirigirte a ti mis últimas palabras: Dios mío, tú que me escrutas y me conoces; sabes cuándo me siento y cuándo me levanto; mis pensamientos calas desde lejos, observas si voy de viaje o si me acuesto, familiares te son todas mis sendas.

No está aún en mi lengua la palabra, y ya tú, Dios mío, la conoces entera. Me aprietas por detrás y por delante, y tienes puesta sobre mí tu mano.

¿A dónde iré lejos de tu Espíritu, a dónde de tu rostro podré huir? Si hasta los cielos subo, allí estás tú, si en el sheol me acuesto, allí te encuentro.

Si tomo las alas de la aurora, si voy a parar a lo último del mar, también allí tu mano me conduce, tu diestra me aprehende.

Aunque diga. "me cubra al menos la tiniebla, y noche sea la luz en torno a mí" la misma tiniebla no es tenebrosa para ti, y la noche es luminosa como el día.

Porque tú mis riñones has formado, me has tejido en el vientre de mi madre; te doy gracias por tan grandes maravillas; prodigio soy, prodigios son tus obras...

Mi alma conocías cabalmente, y mis huesos no se te ocultaban, cuando yo era hecho en lo secreto, tejido en las honduras de la tierra.

Mis acciones tus ojos las veían, todas ellas estaban en tu libro, escritos mis días, señalados, sin que ninguno de ellos existiera.

¡Cuán insondables, oh Dios, tus pensamientos, que incontable su suma! ¡Son más, si los recuento, que la arena! y al terminar ¡todavía me quedas tú!